

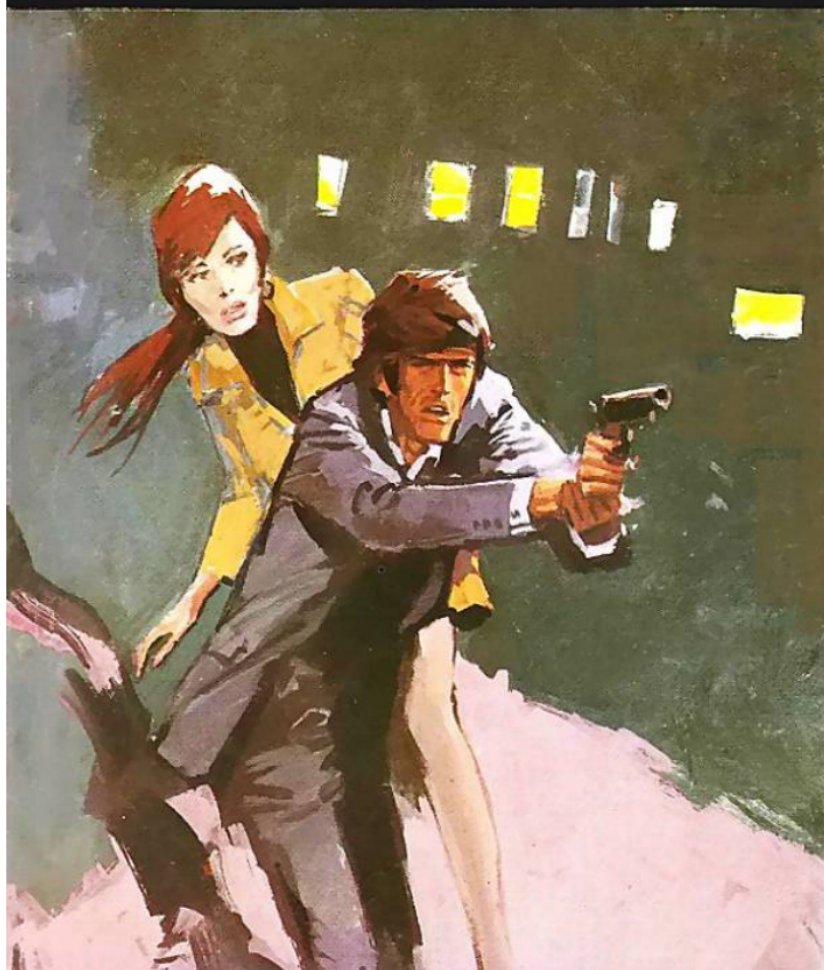
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

CONCIERTO EN CALIBRE 38

Clark Carrados



SS

SERVICIO SECRETO



CLARK CARRADOS

CONCIERTO EN CALIBRE 38

Colección

SERVICIO SECRETO n.º 1.009

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA • BOGOTÁ • BUENOS AIRES • CARACAS • MÉXICO

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 25.249 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: agosto, 1977

© Clark Carrados - 1977

texto

© Desilo - 1977

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.544. - Tren a la horca

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.407. - Monumento a un asesino

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

1.058. - Sed de odio, sed de sangre

En Colección CALIFORNIA:

812. - Abogado de revólver

En Colección KANSAS:

995. - El clavo ardiendo

En Colección BRAVO OESTE:

626. - Clave para el asesino

En Colección SALVAJE TEXAS:

818. - El fin de la cuenta

En Colección ASES DEL OESTE:

635. - Las siete chicas de oro

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138. - Contratados para morir

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

66. - Destinos ardientes

En Colección PUNTO ROJO:

794. - Tía Annie y yo

En Colección COLORADO:

1.026. - El paso prohibido

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre apuró el resto del licor que había en su copa y luego se inclinó hacia adelante con todo descaro. La rubia le rechazó jovialmente.

—No te aproveches, Max —dijo.

—La culpa es tuya, por no ir vestida como la decencia y la modestia mandan —dijo Max Evans sarcásticamente—. Claro que tú desconoces el significado de esas palabras...

A Kitty Michaelson le gustaban los grandes escotes y los vestidos muy ceñidos. Y le gustaban los hombres que admiraban su opulenta silueta, pero, más todavía, los que le demostraban su admiración con buenos billetes de Banco.

—En esta época, todos desconocemos el significado de esas palabras, Max —contestó ella filosóficamente—. Sobre todo, tú.

Evans se encogió de hombros.

—Es la vida, nena —dijo—. ¿Tienes libre la noche? Kitty se frotó significativamente el pulgar y el índice. —Ya sabes el precio, Max. Y no doy crédito— respondió.

Evans sonrió desdeñosamente. Metió la mano en el bolsillo y sacó un impresionante rollo de billetes.

—No son de anuncio —dijo.

Kitty silbó.

—Oye, ¿de dónde has sacado...?

—Tengo una lámpara maravillosa, nena.

—Y yo acabo de cancelar todos mis compromisos.

—Eres una mentirosa. No tenías ningún compromiso.

—Siempre los tengo. Pero claro, después de esa exhibición...

¿Me perdonas un momento? Voy al lavabo; saldré enseguida.

—Te aguardo en el coche, preciosa.

Max dejó un billete sobre el mostrador.

—Guárdate la vuelta, Joe —dijo.

—Gracias, excelencia... —contestó el *barman* irónicamente—. ¿Has heredado?

—Envenené a mi tía rica. Adiós, Joe.

Evans se dirigió hacia la salida, cojeando levemente. Joe, el *barman*, se preguntó de dónde podría haber sacado Evans tanto dinero. La víspera casi había tenido que fiarle una cerveza. Joe no sabía que Evans trabajase en alguna parte y también era conocedor de que pasaba grandes apuros económicos. Pero, por otra parte, Joe era hombre discreto y sabía que no era conveniente profundizar en las vidas privadas de sus clientes.

Contempló el billete. Diez dólares por un gasto de dos.

—No está mal —murmuró.

Evans salió del bar y cruzó la acera oblicuamente, en dirección al coche que había dejado estacionado a corta distancia. Abrió la portezuela y se sentó tras el volante.

De pronto, notó en el cuello el contacto de algo frío.

—¿Eh...? —empezó a decir.

Y no tuvo tiempo de seguir hablando, porque el otro apretó el gatillo.

Apuntaba hacia arriba, de modo que la bala llegó al cerebro. Evans se convulsionó un instante y luego se quedó quieto.

Kitty Michaelson salió del lavabo momentos después.

—Adiós, Joe —se despidió alegremente del *barman*.

—Exprímele, Kitty —aconsejó Joe.

—Descuida, soy doctora en la materia —rió ella.

Taconeando vivamente, salió del bar y buscó el coche de Evans. No sabía cómo había conseguido tanto dinero, pero, al igual que Joe, no solía hacer preguntas a sus clientes.

Cuando llegó junto al coche, vio que Evans estaba dormido.

—Vaya, no le habrá sentado mal la bebida —murmuró, un tanto disgustada.

En caso necesario, conduciría ella. De ninguna manera iba a dejar escapar un cliente tan... seductor.

Abrió la portezuela. Evans estaba parcialmente apoyado en ella y empezó a caer de costado. Como giraba al mismo tiempo, Kitty pudo ver la sangre que manaba de su cuello.

Empezó a chillar. Chillaba con toda la potencia de sus pulmones. Un conductor descuidado que pasaba por allí en aquel momento,

volvió la cabeza y se olvidó de que tenía un volante en las manos, por lo que su coche empezó a subirse a la acera. El viaje acabó en un escaparate cercano.

Kitty seguía chillando. Pero Evans no podía oírla.

Era el único que no oía sus chillidos.

El sargento Garry Peabodd trepó a un taburete y puso un periódico delante de los ojos del hombre que tomaba apaciblemente una taza de café.

—¿Qué te parece, Steve?

Steve York rechazó el periódico.

—Ya lo he leído —dijo.

—¿Entiende alguien la muerte de Evans?

—Era un hampón barato.

—Pero no un soplón, por lo que yo sé, Steve.

—Eso es lo que hace el caso más intrigante, ¿verdad, sargento?

Peabodd frunció el ceño.

—No te burles de mí, Steve. Aconséjame —dijo.

—Garry, yo no estoy en la policía.

—Trabajaste casi siete años en la oficina del fiscal.

—Lo sé.

—Y adquiriste una gran experiencia.

—Psé...

—Además, de muchos conocimientos sobre el hampa.

—Corrientitos, como muchos abogados, Garry.

—Vamos, Steve, no te burles de mí. Tú no eres un abogado corriente.

—Sargento, ¿qué te atrae de la muerte de Evans?

—Su muerte, precisamente.

—No entiendo...

—Steve, dada la clase de tipo que era Evans, lo corriente hubiera sido encontrarlo apuñalado en un callejón o que alguien le hubiese pegado dos tiros al entrar en su casa. Pero no, lo mataron en su coche, con un revólver que tenía silenciador, y de una forma limpia y absolutamente discreta. Nadie vio al asesino ni tenemos la menor pista sobre el asunto. Evans vivía a salto de mata y, aunque accidentalmente se empleaba en alguna parte, dejaba el trabajo tan pronto tenía veinte dólares en el bolsillo. A un tipo así no se le mata como en las novelas policíacas. Sobre todo, si se tiene en cuenta

que, excepcionalmente, llevaba encima nada menos que tres mil dólares.

York lanzó un silbido.

—No está mal —dijo—. ¿De dónde lo sacó?

—No hay denuncias de algún robo que le pueda ser achacado. Eso es lo que más me intriga, ¿sabes?

El sargento Peabodd bajó la voz.

—Confidencialmente, Steve, tengo la impresión de que la muerte de Evans puede ser algo así como la mecha encendida de una bomba, que puede explotar en cualquier momento —añadió.

York arqueó las cejas.

—¿Tú crees?

—El instinto profesional sirve de algo a veces, ¿no?

—Es posible que tengas razón —convino York—. De modo que pides socorro.

—Un poco, Steve.

—Te diré una cosa: investiga a fondo. Si ese caso te interesa tanto como dices, pon un par de hombres a recorrer todos los pasos de Evans. Todos... incluyendo hasta... el horario de empleo del papel higiénico. Su vida puede ser un misterio, por ahora, pero en alguna parte está el cabo del hilo. ¿Entiendes?

—Creo que sí, Steve.

—Has dicho que Evans, un pobretón, tenía encima tres mil dólares. ¿Cómo eran los billetes?

—Llevaba un rollo con unos quinientos, en billetes de cinco, diez y veinte. En el bolsillo interior de la chaqueta llevaba un fajo con veinticinco billetes de cien.

—Empieza por ahí. Busca el Banco que pagó esos billetes. Sabrán, por la numeración, a quién se los entregaron, para que luego pasaran a manos de Evans. ¿Tenía amistades femeninas?

—Accidentales y profesionales, por horas o noches, según —contestó el sargento maliciosamente—. Pero no se sabe de una relación femenina fija.

—Ya. De todos modos, en un encuentro de sesenta minutos, pueden decirse cosas. Tal vez ninguna tenga importancia, aisladamente, pero todas, reunidas, pueden constituir la solución de un rompecabezas. Por lo menos, de parte importante de ese rompecabezas.

—Sí, Steve.

—Por una piececita azul, puedes imaginarte que el rompecabezas representa un paisaje con cielo, pero ese cielo puede ser de un paisaje con montañas o de una marina. Cuando tienes ya varias piezas, azules y verdes, ya sabes si es un paisaje campestre o un mar con barquitos de vela.

—Voy comprendiendo —sonrió el sargento—. Y si sé que el paisaje es con prados y colinas, ya puedo eliminar a los marineros y sus balandros.

—Exacto. Paso a paso, Garry. Otra cosa. ¿Cuántos años tenía Evans?

—Unos treinta y tantos...

—Quizá hizo el servicio militar... Investiga ese extremo.

—Sí, Steve.

—También dices que, en ocasiones, trabajaba una temporada. Busca a los que le daban trabajo.

Peabodd se apeó del taburete, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Sabía que no abandonarías a un buen amigo —se despidió.

Steve York se quedó en el taburete, meditando sobre la conversación que acababa de sostener con un viejo conocido. Sí, la muerte de Evans resultaba muy extraña.

Y quizá podía ser la bomba que había dicho Peabodd. Porque, ¿quién podía tener tanto interés en eliminar a un hampón de baja estofa como Evans, en medio del más absoluto secreto?

Mientras aguardaba el veredicto del jurado, junto a su cliente, Steve York contempló una vez más a la muchacha que asistía al juicio. Era una joven de poco más de veinte años, muy alta, lo que le hacía parecer delgada, sin serlo, de largos cabellos rubios y mirada enigmática. Se preguntó qué atractivo tenía para ella un juicio de relativa importancia.

De pronto, se abrió una puerta. Los doce miembros del jurado salieron en silencio. El juez estaba ya en su estrado.

Las miradas de todos los presentes se clavaron en el portavoz del jurado. El acusado se pasó un dedo por el cuello de la camisa. Sudaba copiosamente.

—Señores del jurado —dijo el juez—, ¿han llegado a un acuerdo?

—Sí, Señoría.

—Tenga la bondad de entregar el veredicto escrito al alguacil, señor presidente.

Un hombre de uniforme adelantó algunos pasos, tomó un papel y se lo entregó al juez. El silencio era absoluto.

—Alguacil, lea el veredicto —indicó el juez.

—Sí, Señoría. —El funcionario desdobló el papel y leyó—. Los miembros de este jurado consideran al acusado Ernest B. McCawn inocente de los cargos que le eran imputados.

York suspiró satisfecho. En la otra mesa, el fiscal torció el gesto.

McCawn se levantó de un salto y estrechó calurosamente la mano de su defensor.

—No sé cómo agradecerle, abogado...

York sonrió.

—Señor McCawn, hace tres mil años los fenicios inventaron un excelente sustitutivo de la palabra gracias. Se llama dinero.

—Envíe la minuta. La pagaré sin rechistar.

El fiscal se acercó a la mesa del defensor.

—Has llevado muy bien el caso, Steve —dijo.

—Era fácil, Adam —contestó York.

Adam Eastley, fiscal del distrito, miró despreciativamente al que hasta hacía poco había sido el acusado.

—McCawn, hoy ha salido bien librado —dijo—. Confío en tenerle mejor atrapado en la próxima ocasión.

—Fiscal, yo no disparé contra aquel sujeto y usted lo sabe —respondió McCawn glacialmente—. Fue una acusación disparatada; el peor abogado podría haberla deshecho con toda facilidad. Como así ha sido, en efecto. —Se volvió hacia York—. Con perdón de mi defensor, por supuesto.

—No tiene importancia, señor McCawn. —York había metido ya los papeles en su portafolio—. ¿Cenaremos juntos o aún te escuece la derrota, Adam?

—Soy un buen deportista y sé perder, pero esta noche prefiero cenar con mi esposa —contestó el fiscal—. De todas formas, no quiero marcharme sin decirte una cosa, Steve.

—Claro, Adam.

—Me has decepcionado. Nunca pensé que pudieras encargarte de la defensa de un tipo como McCawn. Adiós a los dos.

McCawn emitió una risita de circunstancias.

—Está quemado —dijo.

—Cualquiera estaría quemado en su lugar —contestó York—. Le diré una cosa, señor McCawn; sinceramente, estoy persuadido de que disparó usted contra aquel sujeto. Su suerte ha consistido en que el tipo consiguió sobrevivir y que las pruebas acumuladas por el fiscal eran muy débiles.

McCawn dejó de sonreír en el acto.

—He sido declarado inocente y ya no pueden juzgarme de nuevo por el mismo delito —dijo.

—Por desgracia. Una vez que haya abonado la minuta, olvídeme, señor McCawn. ¡Buenos días!

York se dirigió hacia la puerta. Había ganado el caso, pero se sentía un tanto disgustado. Había aceptado la defensa de McCawn a regañadientes, sólo porque un amigo común se lo había pedido. No obstante, una vez aceptó el caso, decidió poner el máximo esfuerzo en la defensa de su cliente. Y realmente, la acusación era muy endeble. Pero no volvería a aceptar casos similares. No, él no era un defensor de hampones, por mucho dinero que se pudiera ganar.

CAPÍTULO II

Cuando llegó a su bufete, la secretaria le dijo que tenía una visita.

—¿Quién es, Maggie? —preguntó.

—Entre y lo verá —respondió la secretaria maliciosamente.

—Bien, traiga café para dos.

—Sí, señor. Ah, y enhorabuena por haber conseguido la absolución de McCawn.

—He conseguido absolver a una rata de la acusación de ser portadora de los gérmenes de la peste bubónica —rezongó York, mientras avanzaba hacia la puerta de su despacho.

—No se queje, jefe; es la vida del abogado —rió la secretaria, que tenía mucha confianza con York. Se puso en pie y sacó la cafetera del hornillo permanentemente encendido.

York abrió la puerta. Su visitante volvió la cabeza al oír el ruido del picaporte.

—Hola —dijo.

York se quedó parado.

—La he visto en el tribunal —manifestó.

—Sí. Me pareció interesante asistir a ese juicio. Se ha portado usted como un león.

—El león se ha revolcado en el fango. Perdone que no me haya bañado antes.

—No se disculpe —sonrió la hermosa visitante—. Ah, me llamo Constance V. Ackers, señor York.

Maggie entró con una bandejita en las manos y la dejó sobre la mesa. York ofreció un pocillo a la joven.

—Hable, señorita Ackers —invitó, al quedarse a solas.

—Se trata de mi prometido, Mark Melville, aunque todos le llaman Hoot. Yo también claro.

—No le conozco. Sin embargo, el nombre me suena...

—Tiene una modesta empresa de transportes, la Melville Truck Corporation. Pero quiero informes suyos.

York arqueó las cejas.

—Señorita, yo no soy investigador —dijo.

—Abogado, usted, como todos los de la profesión, utilizan los servicios de investigadores privados, a fin de obtener datos que les permitan desenvolverse mejor en sus casos.

—Es cierto.

—Bien, de este modo, usted, en mi nombre, aunque sin citarlo, contratará los servicios de un buen investigador. Cuando tenga completa la carpeta con los informes, me la entregará... y eso es todo.

Constance dejó la taza sobre la mesa y abrió el bolso, del que extrajo un fajo de billetes.

—Hay veinte de a cien dólares —anunció.

—Dos mil dólares —se sorprendió él.

—Exactamente.

Durante unos segundos, York estudió el hermoso rostro de su visitante.

—No quiero que mi nombre se vea mezclado en este asunto —agregó la muchacha.

—Pero puedo conocer los motivos...

—Ya le he dicho que Melville es mi prometido y quiero saber con quién voy a casarme.

—¿Por qué no se lo pregunta a él?

—Hay cosas que una mujer no debe preguntar a su futuro esposo.

—¿Qué me dice de la intuición femenina?

—La intuición femenina me ha traído a su bufete, señor York.

El abogado sonrió.

—Comprendo —dijo—. ¿Dónde, cómo y cuándo puedo ponerme en contacto con usted?

—Anote: Western Hill Road, ochocientos noventa y cuatro, 7 F.

El teléfono es

558 176.

Llame preferentemente por la tarde, pero antes de las diez de la noche.

—Ah, tiene un trabajo nocturno...

Constante sonrió evasivamente.

—Empiece cuanto antes, abogado... —respondió, y abandonó el despacho.

Maggie, la secretaria, entró minutos más tarde en el despacho. Vio el fajo de billetes y silbó.

—Nos ha tocado la lotería —dijo.

—Lleve ese dinero al Banco, mañana por la mañana, Maggie —indicó el abogado.

—Sí, señor. ¡Oiga, y a mí que me parece conocida la cara de esa chica!

—¿De veras?

—Sí, aunque no consigo recordar dónde la he visto... ¿Qué le pasa, jefe?

—Ha matado a su padre, a su madre, a la abuelita, y a tres hermanos. Además, ha ahogado a un hijito de tres meses. Es una madre soltera, ¿sabe?

—¡Rayos! Eso no es una madre soltera: es una bomba atómica.

De pronto, Maggie se dio cuenta de que la respuesta de York era una burla y se echó a reír.

—Está bien, jefe; retiro la pregunta. ¿Algo más?

—Sí. ¿Ha llamado el sargento Peabodd?

—No, señor.

—Deje la grabadora conectada al teléfono cuando se vaya. Si llamase en el intervalo, dígame que cenaré en el Stumpy Fox.

—Vaya un sitio. ¿A quién se le ocurrió la idea de llamar así a su restaurante?

—En este mundo nunca faltan los humoristas. Adiós.

—Adiós, jefe.

Terminaba de cenar, cuando, de pronto, se le acercó un sujeto de rostro torcido, con un párpado caído y los dientes amarillentos a través de unos labios que no se podían cerrar bien del todo.

—¿Abogado York? —dijo el sujeto.

—Sí...

—Mi nombre es Thenda, Spill Thenda. ¿Puedo sentarme?

—Vaya mañana a mi despacho, a partir de las nueve, señor Thenda —contestó York secamente.

El hombre no hizo caso de la respuesta y se sentó al otro lado de

la mesa.

—Señor York, creo que le interesa escucharme —dijo—. Ayer le vi hablando con el sargento Peabodd.

—Somos viejos conocidos.

—Lo sé. El sargento se ocupa del caso Evans.

—Lógico. Está en Homicidios.

—A usted podría interesarle resolver ese caso.

—¿Por qué? La policía puede encargarse...

—¿Sabe que la muerte de Evans es una bomba que puede hacer volar la ciudad?

—¿Un sujeto insignificante? No me haga reír, señor Thenda.

—Un clavo es también una cosa insignificante y, sin embargo, por un clavo mal sujeto, un caballo se quedó sin la herradura y se perdió una famosa batalla.

Hubo un instante de silencio. Luego, York preguntó:

—¿Qué sabe usted de Evans?

—Por mil dólares le contaría su vida y milagros, abogado.

—Señor Thenda, yo no creo en los cuentos de hadas. Por tanto, no espere que chasquee los dedos y saque mil dólares. Puedo pagarme una buena cena, pero va a parar a mi estómago.

El sujeto se encogió de hombros.

—Ganaría mucho más, se lo aseguro. ¿Ha oído hablar alguna vez de las *Mil y una Noches*?

—Hombre...

—Evans era una especie de Haroun-al-Raschid, ya sabe, el Califa de Bagdad, quien tenía la costumbre de disfrazarse y pasear como un hombre corriente, a fin de enterarse de la forma de pensar de sus súbditos.

—Está usted muy metafórico, señor Thenda —sonrió York.

—Evans era una especie de Califa. Poseía innumerables riquezas, pero vivía miserablemente. —Thenda se puso en pie—. Volveremos a vernos.

El individuo se marchó. York se sentía tentado de llamarlo, pero la cifra mencionada resultó una especie de barrera, que le detuvo en el acto. ¿Y si se trataba de un timo?

No obstante, la conversación con Thenda parecía responder a las sospechas del sargento Peabodd: en el asesinato de Evans había algo muy oscuro... de una tremenda importancia. Era algo más que la

simple muerte de un hampón de escasa categoría.

—La bala que mató a Evans no salió de ninguna de las armas que tenemos registradas en nuestros archivos —dijo el sargento Peabodd a la mañana siguiente—. Pienso que pudieron «importar» un pistolero para liquidarle.

—Pero ¿por qué? —preguntó York.

—No sé, no se me ocurre nada. Tengo a dos hombres tras la vida y milagros de Evans, pero, hasta el momento, no hemos descubierto nada de importancia. Vivía en un mísero apartamento, por el que pagaba sesenta dólares mensuales, ya me dirás qué clase de vivienda podía ser, y lo hemos registrado a fondo, levantando incluso el empapelado de las paredes y el pavimento del suelo. No hemos encontrado nada, absolutamente nada. La nada, Steve, en la más pura acepción de la palabra.

York sonrió al observar el desánimo de su amigo.

—¿Has hablado con el dueño de la casa?

—Sí. Lo único que he sacado en limpio es que Evans no paraba en el departamento durante el día y que faltaba muchas noches. Pero era puntual en el pago de la renta. Sin embargo, no ha conseguido saber dónde trabajaba ni de dónde obtenía el dinero. En cuanto se refiere a su vida particular, era tan discreto como la momia de un esclavo egipcio.

—Querrás decir la momia de un faraón.

—Quiero decir la momia de un esclavo egipcio.

—Nunca se momificó a un esclavo en el antiguo Egipto —dijo.

—Exacto. Sólo a los faraones, y por el sarcófago y su panteón, se ha llegado a conocer la historia de cada cual. Pero de Evans, ni tanto así...

—¿Has consultado en los archivos militares?

—Espero la respuesta, Steve.

—En su casa tendría libros, alguna revista... Tal vez eso pueda dar una idea de sus gustos y aficiones...

—Nada, absolutamente nada; como si fuese analfabeto.

—Cuando murió, iba a acostarse con una fulana. ¿Has hablado con ella?

—Sí. La había contratado para toda la noche, cosa que le extrañó, porque Evans andaba siempre con los bolsillos del revés y la prójima no fiaría siquiera una aspirina a su madre con jaqueca.

—¿El dueño del bar?

—Se sorprendió de verle con dinero, pero tampoco ha podido darnos grandes detalles. Iba poco, bebía menos, y aunque nunca pidió un trago a crédito, tampoco era lo que se dice un derrochador. Aquella noche, en cambio, dio ocho dólares de propina para un gasto de dos.

York se acarició el mentón.

—Eso da la sensación de que Evans había hecho un buen negocio. El negocio de su vida, ¿no te parece?

—Lo mismo opino yo, aunque no se me alcanza qué clase de negocio pudiera ser. Tenía muy pocos amigos, en realidad, simples conocidos, con los que sólo hablaba de temas muy generales. Nadie sabe qué hacía ni de dónde sacaba el escaso dinero que se le veía en ocasiones, sobre todo, teniendo en cuenta que sus períodos de trabajo eran más bien escasos, con grandes alternativas de desempleo.

—Garry, diríase que nos estamos enfrentando con un fantasma —exclamó el joven abogado—. Ese hombre debía de hacer algo, tener un medio de vida y, por muy reservado que fuese, tarde o temprano, eso tendrá que salir a la superficie.

—Apenas he hecho más que empezar y ya me siento desesperado —contestó—. Es como si me enfrentase contra un muro de algodón. No me hago daño, pero tampoco puedo traspasarlo.

—Garry, ¿qué sabes de los billetes de cien dólares?

—Aún no hemos encontrado la pista, Steve. Ésa es mi mayor esperanza.

—Avísame en cuanto sepas algo. Mientras tanto, que tus hombres investiguen los lugares donde Evans trabajaba accidentalmente. Habrá un dueño, capataz, encargado, compañeros de trabajo... En esos sitios se saben muchas cosas.

—Sí, es otro recurso —admitió Peabodd.

Estaban en un bar, tomando sendas tazas de café, y York puso un par de monedas sobre el mostrador.

—Garry, dime, ¿conoces tú a un tal Spill Thenda?

—No. ¿Por qué lo preguntas?

—Anoche, cuando estaba cenando, se me acercó y me pidió mil dólares por una información sobre Evans. Con buenas palabras, lo envié al diablo. Pensé que podía tratarse de una estafa, pero esta

mañana, al levantarme, se me ha ocurrido que tal vez fuese sincero. ¿Cómo podía saber él que yo tenía cierto interés en Evans?

—Sí que es extraño —comentó el sargento—. ¿Qué te dijo?

York relató la conversación a su amigo. A Peabodd le llamó la atención el detalle de las riquezas que, según Thenda, poseía Evans.

—Un millonario excéntrico, tal vez...

—¿Quién sabe? —sonrió York—. Te diré una cosa: Thenda tiene un defecto físico. Yo le llamo «Cara Torcida». Quizá esto te ayude a identificarlo.

York explicó a su amigo en qué consistía el defecto del sujeto. Peabodd prometió hacer todo lo que estuviera en su mano para averiguar detalles de Thenda. Como era relativamente temprano y ambos tenían que acudir al trabajo, se separaron.

York acudió a su oficina, en donde Maggie, la secretaria, le informó que tenía un cliente aguardándole.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—Val Meeker, industrial. Con «pasta» —dijo la secretaria.

—Eso siempre es bueno —sonrió él, a la vez que abría la puerta de su despacho.

CAPÍTULO III

Meeker era un hombre de unos cuarenta años, de buena planta y rostro enérgico, quien, no obstante, parecía un tanto nervioso en aquellos momentos. Tras los primeros saludos, explicó a York que era objeto de un chantaje.

—Eso es cosa de la policía —replicó el abogado instantáneamente.

—Permítame un momento. Quizá no he sabido expresarme bien.

—De acuerdo, pero le anticipo que no me comprometo a nada. No quiero problemas con la ley. ¿Está claro, señor Meeker?

—Sí, abogado.

Meeker abrió una cartera que había llevado consigo y sacó de la misma media docena de fotografías, que tiró sobre la mesa.

—No me hace maldita la gracia enseñarlas, pero sé que hay algo que se llama secreto profesional —dijo. Y, con cierto orgullo, añadió—: Ella es una mujer. Una vez conocí a uno que le hicieron un chantaje análogo. Estaba con un hombre.

York contempló las fotografías unos segundos y luego las devolvió a su visitante.

—Le felicito, señor Meeker. Ella es una mujer espléndida —dijo.

—Vale lo suyo. Y, además, me aprecia lo suficiente para no hacerme un asqueroso chantaje. Aún le diré más. No soy el único. Yo la visito dos veces al mes. Tiene otros amigos, lo sé, aunque no los conozco ni me importa. Todos son gente de dinero. Si ella empezase a hacer chantaje, acabaría recorriendo las calles, en busca de clientes a diez dólares la hora y tal vez menos. No le conviene; de esta forma, gana más dinero.

—Sí, la ética profesional también existe en otros ámbitos. Siga, señor Meeker.

—Alguien, sin que lo supiéramos, instaló una cámara fotográfica en casa de... bueno, de la señora. La primera noticia que tuve fue la

recepción de estas fotografías. Y la petición de cinco mil dólares, por los negativos.

—¿Por carta?

—No. Recibí las fotografías en un sobre, sin más. Al cabo de una hora, me llamó el tipo y me citó en el Slattery Park, a las diez de la noche del día siguiente, junto al arranque de la escalera que conduce a la glorieta dónde está la copia del Apolo del Belvedere. El tipo me garantizó que no habría más peticiones de dinero.

—Eso es lo que dicen todos los chantajistas —observó York.

—Él parecía sincero... y yo estaba dispuesto, por primera y única vez, a soltar la «pasta». Acudí a la cita, pero no compareció nadie en aquel lugar. He ido dos noches seguidas y el tipo tampoco ha aparecido ni ha dado señales de vida.

—Extraño, ¿no?

—Yo lo considero así, señor York.

El abogado se retrepó en su sillón.

—Bien, ¿qué pretende usted de mí? —preguntó.

—Hágase cargo de este caso. Averigüe quién es el tipo qué trata de extorsionarme. Le pagaré bien.

—Creo que usted no se ha dado cuenta de que yo no...

Meeker sonrió maliciosamente.

—Conozco su reputación, abogado... Tiene buenas amistades por ahí. Use sus relaciones —dijo.

Sacó un talonario de cheques, escribió un poco, arrancó una hoja y se la entregó a York.

—Repito que no me importa pagar, por primera vez, cinco mil dólares —dijo—. También ha de ser la última vez.

Meeker se puso en pie. York, estupefacto, contemplaba el cheque. El visitante dejó también una tarjeta de visita.

—Éste es mi teléfono privado, con línea directa, sin necesidad de que intervengan las secretarias. Buenos días.

Maggie entró a los pocos instantes, cogió el cheque, leyó la cifra, dejó el cheque, apoyó ambas manos en el borde de la mesa y dio una espectacular zapateta.

—¡Jefe! ¿De dónde ha sacado el cuerno de la abundancia? Lluve dinero en esta oficina...

—Este dinero no me gusta en absoluto —gruñó York.

Maggie le miró extrañada, mientras se atusaba el revuelto

cabello.

—Jefe, no le comprendo. El cheque es bueno; Meeker es hombre de mucho crédito...

—No es eso, Maggie. Meeker ha venido a verme, porque tuve la desgracia de defender a un notorio hampón, llamado McCawn. En consecuencia, cree que tengo ciertas relaciones con los bajos fondos, lo cual ayudará a resolver sus problemas.

—¿Qué clase de problemas? —preguntó Maggie.

—Fotografías indiscretas.

La mano de la secretaria subió en el acto hasta su boca. Pero en el mismo instante sonó el teléfono, y lo descolgó, para entregárselo acto seguido a York.

—Para usted, jefe.

—York —dijo el abogado.

—Garry —se anunció el que llamaba—. Escucha, ya he localizado a «Cara Torcida».

—Está empleado en la gasolinera de Cypress Crossing. Evans trabajó allí en cierta ocasión durante cuatro o cinco semanas. Lo dejó hace ya unos tres meses. Voy a ver si consigo que despegue la lengua.

—Espera un momento. —York contempló el cheque durante unos instantes y pensó si no valdría la pena intentar un regateo con Thenda, a cambio de los informes que decía poseer sobre Evans. En todo caso, la presencia del sargento podría ayudar a la rebaja. O no tendría nada y la policía le obligaría a hablar...

—¡Steve! —gritó Peabodd, impaciente.

—Garry, nos reuniremos en la gasolinera. Aguárdame allí; quizá yo tarde unos minutos, porque he de pasar por el Banco, ¿comprendes?

—¿Acaso piensas pagarle los mil dólares?

—Quizá tú me ayudes a conseguir una buena rebaja. Hasta luego, Garry.

York dejó el teléfono y se puso en pie.

—Maggie, yo me ocuparé de este cheque —sonrió.

—Cuídelo como si fuese su propio hijo —recomendó la secretaria picarescamente.

El coche, de aspecto corriente, aunque bien cuidado, se detuvo ante el poste de gasolina. Un hombre salió de la estación de

servicio, limpiándose las manos con un trapo.

—¿Señor?

El conductor se apeó. Era joven, de mediana estatura, y vestía camisa a cuadros y cazadora, con una gorra deportiva. Los ojos estaban cubiertos por grandes gafas negras.

—Llene el depósito, por favor —pidió.

—Sí, señor.

—¿Hay un teléfono por aquí?

—Sí, allí está la cabina.

—Gracias.

Spill Thenda se dedicó a complacer al cliente. Éste, después de haber hablado unos momentos por teléfono, dejó la cabina y entró en la estación de servicio.

Al cabo de unos momentos, Thenda dejó la manguera en su sitio y tapó el depósito de gasolina. En aquel instante, oyó la voz del conductor:

—Eh, oiga, ¿qué asqueroso lavabo tienen aquí? He querido lavarme las manos y no sale agua...

Thenda movió el único párpado bueno y se acercó al edificio.

—No lo entiendo, señor —dijo—. Apenas hace un cuarto de hora, me he lavado yo las manos y el grifo funcionaba perfectamente.

—Bueno, mírelo usted mismo si no me cree —rezongó el automovilista.

Thenda también rezongaba lo suyo, pero debía pensar en que el que le apostrofaba era un cliente. Si el joven daba una queja, el dueño podía ponerle de patitas en la calle sin demasiadas ceremonias.

La puerta del lavabo estaba abierta. Se acercó al grifo y lo abrió. Un chorro de agua salió de inmediato hacia la piletta.

—Oiga, esto funciona...

Cuando empezaba a volverse, vio un revólver con un extraño cañón. La visión, sin embargo, duró una fracción de segundo, porque el joven deportista apretó el gatillo de inmediato. No hubo apenas ruido; el extraño cañón era un silenciador.

Thenda cayó de espaldas. La bala le había atravesado el ojo del párpado caído. Tranquilamente, el joven deportista cerró la puerta, cruzó la estación de servicio y salió fuera.

Cuando se acercaba a su coche, llegaba un descapotable de color rojo vivo. Una esbelta muchacha tocó el claxon.

Nadie acudió a su llamada. Impaciente, la joven volvió a repetir los toques. Constance V. Ackers se mordió los labios. De buena gana, se hubiera ido a otra gasolinera, pero andaba corta de combustible.

Extrañada, se apeó del auto y cruzó la explanada.

—Eh, ¿no hay nadie? —gritó.

Sólo recibió el silencio como respuesta. De pronto, oyó ruido de un grifo que se abría.

Avanzó hacia el ruidito. Procedía del lavabo de hombres.

—¡Oiga! ¡Necesito gasolina! —dijo, a la vez que aporreaba la puerta—. ¿Qué clase de detestable servicio prestan aquí?

Nadie contestó. El rumor del agua que salía continuaba incesantemente. Constance se sintió aprensiva.

Decidió echar una rápida mirada. No le hacía gracia verse obligada a ver tal vez a un hombre sentado... pero aquel lavabo parecía el único sitio habitado de la gasolinera.

Abrió. Algo pareció golpear su estómago. Estuvo a punto de caerse, pero logró mantenerse en pie. Tambaleándose como si se hubiese embriagado, corrió hacia la puerta. Un coche de la policía se detenía en aquel momento.

La mano de Constance señaló hacia el interior.

—E... en el lavabo... Está muerto...

El sargento Peabodd contuvo una interjección. Saltó inmediatamente del coche, entró en el edificio y se asomó al lavabo. Cinco segundos más tarde, salía de nuevo y se dirigía a su conductor:

—Llama al forense. También una ambulancia —ordenó.

—Está bien, sargento.

Peabodd se acercó a la muchacha, que aparecía terriblemente pálida, y la agarró por un brazo.

—Cálmese, señorita —dijo, persuasivo—. Venga, siéntese aquí y cuénteme todo lo que sepa sobre el particular.

York detuvo su coche en las inmediaciones de la gasolinera y se sintió atónito al ver la ambulancia y dos autos de patrulla. Había también varios policías de uniforme. Los empleados de la ambulancia aguardaban indiferentes, fumando y charlando,

recostados en el vehículo.

Uno de los policías le cerró el paso.

—Estoy citado con el sargento Peabodd. Soy el abogado York —dijo el joven.

—Jimmy, déjelo pasar —gritó el mencionado desde la puerta del edificio.

Para York era una mañana de sorpresas. Cuando vio a Constance sentada junto a Peabodd, casi creyó que soñaba.

—Eh, ¿qué hace ella aquí? —exclamó.

—¿La conoces, Steve? —inquirió Peabodd.

—Es mi cliente, Garry.

—Bueno, ella encontró el cadáver de Thenda.

York abrió la boca. Después de un segundo de pausa, dijo:

—Lo presenté al ver la ambulancia.

El forense salía en aquel momento.

—Sargento, ya pueden llevarse el cadáver —dijo—. Causas de la muerte: proyectil calibre treinta y ocho, disparado a cincuenta centímetros de distancia, aproximadamente. Muerte instantánea, por lesión en el cerebro. Mañana tendrá un informe más completo. Adiós.

El médico se marchó. Peabodd ordenó a uno de sus agentes que avisaran a los sanitarios.

York se sentó frente a la muchacha.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó.

—Bueno, vine a repostar gasolina y no me contestaba nadie. Entonces entré, abrí el lavabo...

—¿Un lavabo de hombres? —Respingó York.

—¡Claro! —contestó ella—. Nadie daba señales de vida y yo oía correr el agua de un grifo. De todos modos, dejé pasar un rato, pero cuando me di cuenta de que el grifo seguía abierto, yo abrí también...

—Y entonces llegué yo —intervino Peabodd—. Con muy mala suerte, porque Thenda aparecía con la temperatura normal. Seguramente, no llevaba ni diez minutos muerto.

—Tal vez fue el chico deportista... —apuntó Constance.

Los dos hombres se volvieron hacia la muchacha.

—Cuando yo llegué —siguió ella—, un chico joven, con lentes de color, entraba en su coche. Arrancó de inmediato y no sé más.

—Eso no me lo dijo antes —gruñó Peabodd.

—Usted ha mencionado la temperatura corporal —replicó Constance—. Eso me ha dado la idea de que el asesino pudo ser el joven de aspecto deportivo... Llevaba una gorra a cuadros, gafas de color... como las de los pilotos de aeroplanos y cazadora clara. El coche era corriente, de color gris azulado, pero no me fijé en la matrícula... ¿Cómo iba a fijarme, si en esos momentos no sospechaba nada?

—La chica es observadora —comentó Peabodd—. ¿Ha dicho que le pareció un piloto de aviación? Civil, claro.

—He dicho que sus gafas de color eran como las que usan los pilotos, no que lo fuera. La gorra a cuadros no era lógica en él, si de verdad es piloto. Debemos quedarnos con lo de joven y aire deportista —puntualizó Constance.

—Bueno, algo es algo —filosofó el sargento—. Daremos su descripción a la Central y que se encarguen de transmitirla a todas las unidades de patrulla y a los agentes de a pie. ¿Vio alguna otra cosa que llamase especialmente su atención, señorita Ackers?

—No, sargento, eso es todo. Desde luego, se movía como un joven, aunque sin prisas. Podría tener... unos veintisiete años o cosa así; no era un muchacho alborotador.

—Si es el asesino, tiene que ser un hombre de nervios de acero. No hay más que recordar la forma en que mató a Evans —dijo York.

—¿Crees que fue el mismo? —inquirió Peabodd.

—El examen de Balística te lo dirá, Garry.

—Sí, desde luego. Steve, una pregunta: ¿cuál es tu relación profesional con la señorita Ackers?

—Ella te lo dirá, si lo estima conveniente.

—Nada delictivo, sargento —manifestó Constance.

—Está bien. Steve, puedes llevártela. Señorita, vaya mañana a Jefatura. Tendrá que firmar una declaración.

—Sí, sargento.

Antes de salir, York miró a su amigo.

—¿No fue Thenda el que habló de una bomba que iba a hacer explotar la ciudad? —mascullo Peabodd.

York asintió. Luego, con el brazo de Constance en su mano, salió de la gasolinera. El dueño se lamentaba con unos agentes, doliéndose de los perjuicios que le iba a ocasionar la muerte de su

empleado.

—Ni siquiera ha dicho una palabra de condolencia para el pobre Thenda —refunfuñó York—. Señorita Ackers, a cinco kilómetros hacia el norte, hay un parador muy agradable. ¿Se siente con ánimos de tomar un bocadillo?

Constance hizo un esfuerzo por sonreír.

—En todo caso, tomaré una taza de café —contestó.

—Iremos en mi coche. Luego la traeré aquí para que pueda recoger el suyo.

CAPÍTULO IV

—¿Cómo conoció a su prometido? —preguntó York, media hora más tarde, mientras removía el azúcar de su taza de café.

—En una fiesta de cumpleaños de una amiga, en San Luis. Yo había ido a pasar allí un par de semanas y un amigo común lo llevó a la fiesta. Hoot me agradó de inmediato. Aunque es joven, ha resultado emprendedor y tiene un negocio muy saneado.

—Entonces, ¿qué le frena para dar el sí definitivo?

Constance hizo una pequeña mueca.

—Hizo algo que no me gustó demasiado. Al cabo de seis meses, me pidió cierta suma de dinero. Se la presté, no era demasiado, y me la devolvió. Con intereses, a pesar de que yo no quería cobrárselos.

—Bueno, eso pasa a veces...

—Abogado, el dueño de un negocio de cientos de miles de dólares, no tiene por qué pedir prestada la insignificante suma de seis mil. El Banco podría dárselos, ¿no le parece?

York se acarició el mentón.

—Parece un tanto extraño, en efecto. Pero ¿quién sabe si, en esos momentos no tenía invertido todo su capital?

—Pudo suceder, en efecto, pero hace cinco días volvió a insinuarme algo sobre un nuevo préstamo.

—¿Mayor que el anterior?

—La misma suma. Sin embargo, no ha vuelto a mencionar el tema.

—Señorita Ackers, voy a decirle una cosa. Usted no ama a ese hombre.

Constance se sofocó.

—¡Abogado! ¡No le tolero...!

York alzó una mano.

—Permítame —rogó—. Si lo amase de veras, ya se habría casado

con él.

—Eso es muy fácil de decir, hasta que uno se encuentra en esas circunstancias. Además... —Constance remoloneó un poco antes de continuar—. Mi padre no está muy convencido de que él sea el hombre que necesito.

—Muchacha, usted ya tiene veintiún años...

—Voy a cumplir los veintitrés, pero siempre he seguido los consejos de mi padre, no porque sea débil de carácter o sumisa como una esclava, sino porque me los ha dado en poquísimas ocasiones. Y siempre acertó ¿comprende?

El abogado sonrió maliciosamente.

—Un padre maravilloso —dijo.

—Pregúntele a mi madre —rió ella—. Están tan enamorados como hace un cuarto de siglo. Eso ahora no se lleva, ¿verdad?

—Sí, desgraciadamente, no se lleva —convino York—. Pero yo envidio a sus padres. A mí también me gustaría casarme un día y seguir tan feliz a los veinticinco años y a los cincuenta... Bueno, dejemos esto. Señorita, aún no tengo los informes de mi agencia. La llamaré apenas sepa algo.

—Gracias. Oiga, dígame, ¿qué les pasa a usted y al sargento con Thenda y un tal Evans?

York sacó un billete y lo dejó sobre la mesa.

—Un asunto turbio y desagradable —contestó—. Hediondo, se lo aseguro.

Ella se estremeció.

—El muerto tenía un aspecto horrible —dijo.

—Suele ocurrir cuando a uno le pegan un tiro en el ojo derecho —contestó York.

Regresaron a la gasolinera. El dueño atendía en persona a los visitantes. York observó que Constance usaba un «Volkswagen» descapotable. Ella repostó y luego, tras agitar la mano en señal de despedida, arrancó en dirección a la ciudad.

York quedó con el dueño de la gasolinera, al que entregó un cigarro. El hombre lo miró críticamente, se lo pasó por debajo de la nariz y acabó guardandoselo.

—Yo no fumo, pero mi cuñado sí fuma —dijo—. ¿Qué es lo que quiere usted saber, señor...?

—York, abogado. Me interesan datos sobre Max Evans.

—¡Je! —dijo el individuo—. Hasta que lo mataron, estaba vivo; es todo lo que sé. Aquí estuvo empleado cosa de cuatro semanas. Eso significa, más o menos, veintiocho o treinta días. Bueno, dijo treinta veces «Buenos días» y treinta veces «Adiós». Si habló más, le juro por la sagrada memoria de mi madre que no se lo escuché.

York sonrió al oír aquella pintoresca respuesta.

—¿Qué me dice de Thenda? —preguntó.

—Cumplía, pero no me gustaba. Ahora bien, cuando tengo un empleado que trabaja bien, los sentimientos personales quedan a un lado.

—Lógico. ¿Le oyó hablar alguna vez de Evans?

—Dijo que era una lástima, pobre chico... Lo corriente, vamos.

—¿Conoce amistades de Thenda?

—No. Era algo más hablador que Evans, pero ya sabe: las elecciones, el último encuentro de *base-bal*, Carter y su política, el tiempo... Nada de interés.

—Tampoco sabrá entonces dónde vive.

—Se lo dije al sargento encargado del caso.

—Comprendo. —York sonrió—. Muchas gracias.

—Adiós.

Llegaba otro cliente y el hombre se marchó para atenderlo. Defraudado, York volvió a su coche y arrancó de nuevo en dirección a la ciudad.

Por la noche, cenó en el Stumpy Fox, preguntándose por enésima vez, a quién se le habría ocurrido ponerle un nombre tan pintoresco. Un zorro cojo, pensó, no podría desplegar toda su velocidad al capturar las presas, pero, por lo mismo, su astucia debería redoblar. Cuando terminaba de cenar, se le ocurrió una idea.

Hizo que le trajeran el teléfono y marcó un número. Una suave voz femenina contestó en el acto.

—Deseo visitarla, señorita Watts —manifestó—. Es decir, si no tiene ningún compromiso para esta noche. Usted y yo tenemos un amigo común... Se llama Val Meeker...

Sheila Watts dudó un momento. Luego accedió a la propuesta del abogado.

—Está bien, señor...

—Llámeme Steve. Me tendrá en su casa dentro de treinta

minutos.

York pidió la cuenta y sacó un cigarro, que encendió con aire satisfecho de la vida. Abonó la nota sin prisas, dejó una buena propina y salió a la calle. Al final del plazo fijado, estaba frente a la puerta donde residía Sheila Watts.

Era una casa de forma alargada, de una sola planta, construida con un estilo un tanto seriado y rodeada de un espacio cubierto de césped, con algunos macizos de flores y un par de robles. Resultaba evidente que los ingresos de Sheila eran muy altos. Se preguntó cómo se las arreglaría para pagar los impuestos. No le faltaría algún buen abogado que le evitase excesivos desembolsos.

Un sendero encementado conducía al garaje, que formaba cuerpo con la casa. York advirtió que la puerta se abría mediante célula fotoeléctrica, probablemente accionada por los faros del vehículo. La casa respiraba lujo, pero también buen gusto. Sin embargo, carecía de suficientes defensas. Un ladrón inexperto podía, tal vez, ser detectado a tiempo. Para un hombre con experiencia, entrar allí e instalar una cámara, debía de hacer resultado sumamente fácil. ¿Lo había sido el autor del chantaje o tenía algún cómplice?

Llamó a la puerta. Alguien le estudió a través de la mirilla. Luego, York se encontró frente a frente con Sheila Watts.

Era muy hermosa. Alta, de gran esbeltez y porte de princesa, con los cabellos delicadamente peinados y el hermoso cuerpo cubierto por una pesada bata de seda dorada. Aquella mujer, que no había cumplido aún los treinta años, no parecía lo que era en realidad.

—Soy Steve —se presentó él.

—Pase —dijo Sheila.

York dejó el sombrero sobre un pequeño recibidor, a la entrada. Desde la puerta, Sheila tocó un botón y se corrieron todas las cortinas de la gran sala. Había un par de hermosos divanes y una extensa alfombra, de diez centímetros de espesor. El lugar ideal para juegos amorosos, sobre todo, si en la chimenea, ahora apagada, había un par de troncos en llamas.

—Val me ha contado su problema —dijo York sin más preámbulos—. Supongo que ya está enterada de lo que pasa, señorita Watts.

—Sí —admitió ella, ocupada en mezclar bebidas en una jarra—.

Él me dijo que hablaría con un buen abogado.

—No sé si soy bueno, aunque, desde luego, poseo el título. Señorita Watts...

Ella se le acercó con dos vasos en la mano.

—Llámeme Sheila —pidió.

—Sí, gracias. Lo que quería decirle es si conoce a alguien que tenga un particular interés en extorsionar a Val.

—No. Lo siento. Y yo no tengo cómplices. No me conviene. Él se lo habrá dicho, sin duda.

—Sí, y lo encuentro lógico. Sin embargo, lo que no me explico es cómo pudieron instalar la cámara fotográfica.

—Yo tampoco. El que lo hizo tuvo que entrar aquí sin mi permiso, desde luego —declaró Sheila, ya lánguidamente sentada en un diván de estruendoso color fucsia.

York tenía en el bolsillo las fotografías que le había entregado su cliente. Volvió a contemplarlas y luego miró a la dueña de la casa.

—¿Puedo ver el dormitorio? —preguntó.

—Claro. —Sheila se levantó—. Venga, por favor.

La cama parecía una piscina redonda. El suelo estaba cubierto por una moqueta de color dorado, en la que se hundían los pies. Había un par de cuadros ultramodernos, una banqueta y un enorme tocador, con un espejo de cuerpo entero que ocupaba la mitad de una de las paredes.

Durante un par de minutos, York estudió detenidamente la disposición de la pieza. De pronto, se volvió hacia Sheila.

—¿Sabe si en los últimos tiempos ha venido algún operario a reparar algo de fontanería? Una avería eléctrica, el teléfono, tal vez la cocina que no funcionaba debidamente...

Ella negó enérgicamente con la cabeza.

—El último fontanero entró aquí hace casi un año. Una vez saltaron los fusibles, hace cuatro semanas, pero los repuse yo misma —contestó.

—Eso significa que el chantajista entró sin que usted lo advirtiese. ¿Ha estado fuera de la ciudad en alguna ocasión?

Sheila se mordió los labios.

—Aguarde... Hace dos meses... Mi madre se había puesto súbitamente enferma. Vive muy lejos de aquí en... Bueno, eso no importa ahora. Estuve ausente cosa de diez días. Claro que, en

ocasiones, también salgo...

—Instalar esa cámara no fue cosa de media hora —dijo York.

De pronto, se acercó a la pared junto a la que se hallaba el tocador. Éste disponía de un espejo independiente, de forma circular, sostenido por dos vástagos de estilo deliberadamente anticuado.

Una vez más, recordó las fotografías. Sonrió mientras agarrando el mueble con ambas manos, lo arrastraba hacia el interior de la habitación.

—Eh, ¿qué está haciendo? —se alarmó Sheila.

York hizo un nuevo esfuerzo. Al fin, el tocador quedó a cosa de un metro de la pared. Entonces, él señaló el hueco que había al otro lado y en donde se veía una pequeña cámara fotográfica, sobre un pie, y unida por unos cables eléctricos a una extraña caja negra, de la que sobresalía un diminuto aro de brillante metal.

—¡Cielos! —exclamó Sheila—. ¿Qué es eso?

York arrancó la cámara fotográfica de su emplazamiento, junto con un aparatito que tenía adosado. Luego sacó la otra caja.

—De modo que desde ahí nos tomaban las fotografías —dijo ella, pasmada—. Pero el objetivo tenía delante un espejo...

—Venga aquí.

Sheila obedeció. York la hizo situarse frente a la otra cara del espejo. El asombro de la joven subió de punto cuando se dio cuenta de que era transparente desde aquel lado.

—¿Lo ha comprendido ahora? —sonrió York.

—Necesito un trago —murmuró Sheila débilmente.

—Los dos tomaremos un trago —puntualizó él.

CAPÍTULO V

—Resulta evidente que el que puso ahí la cámara lo hizo durante su ausencia. Fue un trabajo muy hábil... —declaró York, después de un par de tientos a su vaso—. Tuvo que poner el espejo transparente por un lado, y tuvo que hacer también el hueco en la pared, en el que colocó la cámara y el mecanismo que la accionaba automáticamente por radio. Una obra maestra, créame.

—Pero nos han hecho unas fotografías...

York las puso en la chimenea, arrojó unos papeles y arrimó una cerilla al conjunto.

—Esas fotografías ya no existen —dijo—. Sin embargo, habrá de permitir que me lleve la cámara y los otros aparatos. Quiero hacerlos examinar por unos expertos.

—Sí, sí, llévese todo —accedió ella precipitadamente.

—Siento mucho lo ocurrido, Sheila. Por supuesto, debe sentirse completamente tranquila con respecto a mi decisión. ¿No tiene por ahí una bolsita?

—Desde luego.

York puso la cámara y los otros dos aparatos en la bolsa.

—Bien, muchas gracias por su colaboración, Sheila —dijo.

Ella le lanzó una cálida mirada.

—¿Tiene prisa, Steve? —preguntó.

—No, pero...

—Entonces, no se vaya tan pronto, hombre.

—Dispénsame, Sheila.

La sonrisa se borró de los labios femeninos.

—Usted no quiere nada con una mujer como yo —dijo Sheila.

—No es eso...

—Por favor, no busque disculpas. Harto sé quién soy. La diferencia que hay entre yo y otra de mi clase, de las que corretean por las calles en busca de clientes, está solamente en el precio. —

Súbitamente, exclamó—: Steve, si lo haces por el dinero, no...

—Gracias, Sheila.

Ella lanzó un hondo suspiro.

—Está bien. Gracias a ti, Steve.

York se dirigió hacia la puerta. Desde allí agitó una mano. Sheila contestó con una sonrisa de circunstancias. York abrió y caminó hacia la acera.

Cuando llegaba junto a su coche, alguien le cerró el paso.

—Deme la bolsa —pidió el hombre.

York se paró en seco. La mano del individuo estaba metida significativamente en el bolsillo derecho de la chaqueta.

A cuatro pasos de distancia había parado otro coche. El conductor le apuntaba con un revólver de cañón corto, aprovechándose de que nadie más que él podía ver el arma.

—Tendré que resignarme —sonrió.

—La resignación, a veces, es garantía de una larga vida —dijo el sujeto filosóficamente, a la vez que alargaba la mano libre hacia la bolsa.

De haber estado solo, York habría intentado, tal vez, resistir. Un golpe con la bolsa a la mano armada, podía haberle ayudado a resolver la situación. Pero con un revólver a pocos pasos de distancia, no sabía soñar en gestos heroicos.

El hombre se separó de él, sin dejar de mirarle.

—Olvídeme, abogado —se despidió.

Segundos más tarde, York quedaba solo en la acera, contemplando las luces rojas de cola de un coche que se alejaba a toda velocidad. Luego lanzó una risita. El pequeño *filmpack* que había contenido la cámara saltó en la palma de su mano un par de veces. Volvió a guardarlo, entró en el coche y emprendió el regreso a su casa.

Maggie entró al mediodía siguiente en la oficina, después del almuerzo, con un sobre de buen tamaño en las manos.

—Lo envía la agencia Tolliver —dijo—. Acaba de llegar.

—Gracias, Maggie.

—¿Cómo van las cosas por ahí, jefe?

—Regular nada más.

La secretaria se sentó desenvueltamente en un lado de la mesa.

—¿Me permite una sugerencia, jefe?

—Claro, Maggie. Adelante.

—Evans era un chantajista.

—¡No me diga!

—Y los chantajistas, cuando no son listos, acaban mal.

—El de Evans fue un final desastroso.

—También el de su amigo Thenda. Pero aún sospecho otra cosa.

—¿Sí, Maggie?

—Un asesino profesional. Rápido, limpio y mortíferamente efectivo. Nada en la mano izquierda, nada en la derecha, nada en las mangas... y ¡bang! un cadáver.

—Maggie, no hubo ¡bang! Hubo silenciador en los dos casos.

—Era sólo una onomatopeya, jefe.

—He captado la idea en el acto, gracias.

—Y el autor de la muerte de Evans, fue un explotado que se cansó de pagarle. Thenda lo conocía, o podía conocerle, y por eso fue a hacer compañía a su amigo.

—En boca cerrada no entran moscas, Maggie.

—Ni salen palabras indiscretas. Bueno, jefe, vuelvo al trabajo. Ah, ha llamado McCawn. Lo siento, olvidé decírselo.

York arqueó las cejas.

—¿McCawn? —repitió—. ¿Qué quiere?

—Verle. Acuda a su despacho. Tengo la dirección...

—Dije que no quería verle más, Maggie —contestó el joven de mal humor.

—Quiere pagarle. Dinero, jefe.

—Que me envíe un cheque por correo. ¿Ha hecho la minuta de honorarios?

—Sí, señor.

—Cuando vuelva a llamar, dígle que se limite a abonarla. Envíesela inmediatamente.

—Sí, jefe.

Maggie se apeó de la mesa y York quedó solo. Rasgó el sobre y estudió su contenido durante un buen rato.

El sargento Peabodd llegó poco antes de las cinco.

—Tengo el informe de Balística —manifestó—. Evans y Thenda murieron a manos del mismo pistolero.

—¿Un profesional?

—Seguro. Hábil, rápido y discreto.

—Tus confidentes podrán decirte si alguien ha «importado» un tipo de esas características —dijo York.

—Estoy en el asunto, pero, hasta ahora, no hemos conseguido nada. Los posibles sospechosos han presentado coartadas irrefutables.

—¿Has registrado la vivienda de Thenda?

—No hemos encontrado nada de particular. Lo que pudiera saber, estaba en su mente.

—Es la mejor manera de guardar un secreto, Garry. Por cierto, ¿tú conoces a un sujeto alto, fornido, de rostro picado de viruelas y con el labio inferior partido hacia el lado izquierdo?

—Rysen Granger —contestó Peabodd instantáneamente—. ¿Qué te sucede con ese sujeto?

—Me robó anoche —sonrió York. Echó sobre la mesa el rollo de fotografías—. Encarga que las revelen, con absoluta discreción.

Peabodd miró inquisitivamente a su amigo.

—Tú sabes algo —dijo.

York habló durante unos minutos. Cuando terminó, el sargento, muy pensativo, murmuró:

—Eso cuadra exactamente con los informes que tengo de Evans.

—¿Cómo?

—Era sargento de Transmisiones. Estuvo dos años en Vietnam y desempeñó algunas misiones verdaderamente difíciles al otro lado de las líneas. Comunicaciones y sabotajes con cargas detonadas por radio.

—Sí, lo explica todo, menos una cosa.

—¿Cuál, Steve?

—¿Dónde tenía, aquí, su centro de operaciones? Peabodd enseñó las vacías palmas de sus manos.

—Que me registren —contestó pintolescamente.

—Garry, ¿por qué dejó Evans el Ejército?

—Tuvo un lío con un oficial y le molió a palos. Como su hoja de servicios era inmejorable, le hicieron dimitir, sin nota adversa. Además, había sufrido una herida, que le produjo cierta incapacidad física, por lo que le asignaron una pequeña pensión. Cojeaba, ¿sabes?

York asintió.

—Gracias, Garry —dijo.

—Oye, ¿quieres que le diga algo a Granger?

—No, déjalo de mi cuenta.

—Ten cuidado, Steve.

El sargento se marchó. York consultó la hora. Aunque no era la indicada por Constance, usó el teléfono. Sorprendentemente, la muchacha estaba en su casa.

—Usted dijo que la llamase después de las seis... —Déjelo, no importa. ¿Qué sucede?— preguntó ella.

—Ya tengo los informes sobre su prometido.

—¿Y bien?

—Son inmejorables, salvo en un aspecto.

—¿Cuál es ese aspecto?

—La modestia de su negocio. Melville posee una flota de seis camiones de transporte y dos furgonetas de reparto. Doce empleados en total, incluyendo a un contable y una mecanógrafa. No tiene talleres propios para la revisión de sus vehículos, pero sí ha firmado un contrato con una empresa de la localidad. Bien considerado en el Banco y en la vecindad, no se le conocen dispendios exagerados ni tampoco parece que haya tomado parte en orgías ni mucho menos ha tenido nada que ver con la policía. Es activo, trabajador, competente y buen vecino. Una perla, vamos.

—Tendré que casarme con él —dijo Constance.

—Ése ya es asunto suyo, señorita. Ya le enviaré la liquidación de sus honorarios. Me dio más dinero que el realmente gastado.

—No se preocupe, abogado. Muchas gracias por todo.

York oyó un «click». Pensativo, dejó el teléfono sobre la mesa. Así le encontró la secretaria cinco minutos más tarde, cuando le trajo unos papeles para la firma.

—¿En qué piensa, jefe? —preguntó Maggie con su desenvoltura habitual.

—En una chica que no está segura de que su prometido sea el hombre de su vida —contestó él.

—Constance V. Ackers.

—Sí.

—Su cara me suena. ¿Dónde demonios la he visto yo antes de ahora? —insistió la secretaria—. Bueno, eso no importa. Jefe, McCawn ha vuelto a llamar. Dice que es verdaderamente urgente y que no puede anticiparle nada por teléfono.

York emitió un bufido.

—No iré. Dígaselo así de claro —respondió.

Firmó los documentos y se puso en pie.

—Hasta mañana, Maggie —se despidió, con un extraño mal sabor de boca, que no sabía a qué atribuir.

—Usted estaba con Max la noche en que lo mataron —dijo York aquella misma noche.

—Había tomado una copa con él, eso es todo lo que puedo decirle —contestó Kitty Michaelson.

York enseñó un par de billetes.

—¿Seguro?

Ella remoloneó un poco.

—Mire, Max estaba siempre a la última pregunta. Aquella noche tenía tres mil pavos. No sé de dónde los sacó, pero me quedé viendo visiones. De todos modos, hay quien tal vez pueda decirle algo más que yo.

—Dígame el nombre, Kitty.

—Cindy Jenkins. Ella suele ir al Toppy, a tres manzanas más abajo. Es pelirroja, delgada, muy bonita. Ayer hablé con ella y comentó que una semana antes había estado con Evans. Max se durmió unos momentos y dijo algo en sueños... ¿Por qué no va a ver a Cindy, abogado?

Los billetes fueron a parar al amplió escote femenino.

—Ahora mismo iré a verla, Kitty —sonrió York.

De repente, vio entrar a dos hombres en el local.

York se puso rígido. Uno de los recién llegados era Granger. El sujeto no se dio cuenta de nada, hasta que se halló junto al mostrador. Entonces, agarró el brazo de su compañero.

—Vámonos, Tully —dijo.

—¿Por qué? Este sitio me gusta...

—Entonces, quédate.

—Conmigo, guapo —intervino Kitty súbitamente, a la vez que avanzaba su provocativo escote hacia el recién llegado.

El amigo de Granger puso los ojos en blanco.

—¡Yupiii...! —exclamó.

York se acercó al hombre que le había asaltado la víspera.

—Quiero hablar con usted, Rysen —manifestó.

Granger le miró casi con odio.

—No tengo nada que decirle —respondió.

Súbitamente, disparó su puño derecho. Sorprendido, York no tuvo tiempo de esquivar y recibió el golpe en el mentón.

Kitty chilló. York retrocedió, aunque por fortuna, el mostrador le impidió caer al suelo. En la taberna se produjo un pequeño alboroto.

Granger echó a correr hacia la salida. Tropezó con una mesa y la volcó estrepitosamente. Los ocupantes protestaron a voz en cuello.

York sacudió la cabeza. Delante de sus ojos había una neblina que le hacía ver las cosas borrosas. No obstante, pudo advertir que Granger se disponía a salir de la taberna.

El sujeto cruzó la puerta y dio unos cuantos pasos en la acera. Repentinamente, alguien disparó dos veces.

Granger se tambaleó horriblemente. El asesino hizo fuego de nuevo y su tercera bala perforó la garganta de la víctima. Inmediatamente, se oyó el rugido de un coche que arrancaba a toda velocidad, mientras Granger, con la yugular perforada, caía al suelo. Un violento chorro de sangre brotaba de la herida del cuello.

Algunos de los clientes escaparon. No querían cuentas con la justicia. El compinche de Granger huyó también. Tras el mostrador, Joe maldecía de todo y de todos. Dos asesinatos, en la puerta de su local y en menos de una semana, iban a ser su ruina, clamaba.

Maggie, la secretaria, le miró irónicamente a la mañana siguiente.

—Es usted un pararrayos. Atrae la tempestad por doquiera va —dijo declamatoriamente.

—Sí, pero yo me quedo a cubierto —gruñó el abogado—. ¿Qué hay de nuevo?

—Dos llamadas. Una de ellas es de Constance V. Ackers.

—¿Ha dicho algo?

Maggie señaló el teléfono.

—Llámela inmediatamente —contestó.

—Bien, esperemos. ¿Quién es el otro?

—Roger Blunt, presidente de la Compañía Blunt de Inversiones. Terrenos, inmobiliarias y otras fruslerías. Un pobrecito.

—Lo conozco, aunque no personalmente. ¿Qué quiere Blunt?

—Le aguarda en su despacho a las once en punto. Un consejo, jefe: vaya.

—Iré.

York se acercó al teléfono y marcó un número. Espero unos instantes, hasta que oyó una voz al otro lado de la línea.

—¿Quién?

—York. Mi secretaria me ha dado su mensaje, señorita Ackers.

—Deseo hablar con usted, abogado. Cuanto antes mejor...

—Tengo la mañana muy ocupada. Deberá esperar, aunque le aconsejo el Stumpy Fox. Podemos almorzar a las doce y media...

—No, es demasiado concurrido. ¿Conoce el Chick's? Es mucho más discreto y se come bien.

—De acuerdo, el Chick's.

El teléfono volvió a sonar apenas puesto en la horquilla. York lo señaló a Maggie. La secretaria levantó el aparato:

—Despacho del abogado York... Ah, es usted, señor McCawn. Lo siento, el señor York dice que le es imposible visitarle... No, el señor York ha salido... Está bien, le daré su recado. Muchas gracias, señor McCawn.

Al terminar, Maggie miró al joven y le guiñó un ojo.

—Está que se sube por las paredes —dijo.

—Puede seguir subiendo hasta que se pierda de vista —gruñó York.

A las once menos un minuto, atravesaba un lujoso antedespacho, acompañado por una pulida secretaria, ya advertida de su llegada. Una puerta se deslizó a un lado y York penetró en un vasto despacho, en el que era difícil advertir el lujo, debido a la habilidad del decorador. Al otro lado de la mesa, enorme, había un hombre de unos cincuenta años, un tanto grueso y de mirada de águila.

—Señor Blunt —dijo York.

—Celebro conocerle, abogado —manifestó el interpelado—. Tengo la seguridad de que mi llamada le ha intrigado un tanto, ¿no es así?

—En cierto modo...

Blunt sonrió.

—Tengo contratados los servicios de una gran firma de abogados, pero este asunto debe ser estrictamente reservado —declaró—. Por eso quiero que me escuche atentamente y que luego imponga sus condiciones económicas, que, le aseguro, serán pagadas sin regateos. Ah, para su buen entendimiento, le diré que

me ha sido recomendado por un buen amigo, Val Meeker.

York oyó aquel nombre y se puso en guardia instantáneamente. Adivinaba lo que le iba a pedir aquel poderoso hombre de negocios.

CAPÍTULO VI

Blunt se acercó a una mesita, muy bien provista de botellas, puso *whisky* en dos vasos, añadió hielo y entregó uno al visitante. Después de tomar un trago, dijo:

—Siga dónde está, señor York.

Blunt se acercó al gran ventanal y corrió las cortinas. La habitación quedó así en la penumbra.

Luego caminó hacia un gran televisor situado en uno de los ángulos de la estancia. Manipuló en el aparato y enseñó algo a York.

—Fíjese bien en esto. ¿Sabe lo que es?

—Sí. Una cinta grabada con imagen y sonido.

El cartucho fue insertado en su alvéolo. Blunt presionó otra tecla y las imágenes aparecieron en el acto en la pantalla.

Durante diez minutos reinó un silencio absoluto en la estancia. Al fin, Blunt apagó el televisor, extrajo el cartucho de cinta, descorrió las cortinas y volvió a la mesa.

—¿Y bien, señor York? —dijo.

—¿Cuánto le han pedido? —preguntó el joven.

—Veinticinco mil.

York saltó en su asiento.

—¿Quién?

Blunt hizo un gesto con las manos.

—Me gustaría saberlo. Hace cosa de una semana, quizá un poco más, recibí esta cinta por correo. Al día siguiente me llamaron por teléfono.

—Y le pidieron el dinero y usted lo preparó y fue al lugar de la cita, pero el chantajista no apareció.

—Exactamente.

—Le ha sucedido lo mismo que a su amigo Meeker.

—Sí, abogado.

—Señor Blunt, ¿quién es la dama?

El hombre de negocios remoloneó un poco.

—¿Está casada? —preguntó York.

—No. Es viuda. Yo soy el que está casado... y mi matrimonio saltaría en pedazos si la cosa se supiera.

York pensó que el matrimonio de Blunt había saltado ya, cuando el sujeto había decidido buscarse una querida. Pero no iba a decírselo, a las claras.

—Usted quiere que yo encuentre al chantajista —le dijo.

—Sí.

—Lo mismo que Meeker. Usted y él están persuadidos de que yo tengo grandes relaciones con el mundo del hampa.

—Bueno, abogado, yo no querría molestarle...

—No se preocupe. Un amigo me pidió que defendiese a cierto detestable sujeto y yo accedí como un incauto. Créame, no me sucederá otra vez.

—Entonces, ¿no acepta?

—No he dicho tanto, señor Blunt. Pero si quiere que le ayude, debe facilitarme el nombre y la dirección de esa dama. Ah, y avísela de mi visita hoy... a las seis de la tarde.

Blunt escribió algo en un papel y se lo tendió al visitante.

—Solucione este problema y le quedaré eternamente agradecido —dijo.

York soltó una risita.

—Consulte en un diccionario todo lo referente a los fenicios —contestó.

—¿Eh? —se extrañó Blunt.

—Inventaron el dinero.

—Ya entiendo. —El financiero sonrió—. Aceptaré una buena minuta.

—Le clavaré —gruñó York.

Sentíase muy disgustado. Algunos creían que él formaba parte de una poderosa organización criminal. O, por lo menos, pensaban que estaba en buenas relaciones con una parte del hampa. Aceptar la defensa de McCawn había sido un error mayúsculo. No volvería a repetirlo, se prometió a sí mismo.

A las doce y media, York se puso en pie al ver entrar a Constance en el restaurante. La muchacha vestía sencillamente,

pero con gran elegancia. Resultaba todo un descanso para la vista. Constance rebotaba fresca y vitalidad.

—Gracias por haber aceptado —dijo ella, tendiéndole la mano.

—Tiene problemas —sonrió el abogado.

—Sí. Hoot me ha pedido diez mil dólares.

—Vaya, una bonita suma. ¿Se los ha dado?

—¿Qué me aconseja usted?

—El negocio es más modesto de lo que usted creía, pero rentable. Haga que le firme un recibo, con la garantía de su empresa, hasta la cifra prestada.

—Ése no es el consejo que yo deseaba —manifestó Constance.

—Yo no soy un consejero sentimental. Como abogado, puedo decirle que el préstamo es factible en las condiciones señaladas. Respecto a otra clase de consejos, no los doy; es el propio interesado quien debe tomar las decisiones al respecto.

La camarera trajo los platos y comieron en silencio durante unos minutos. Luego, Constance alzó la vista.

—Debo pedirle un recibo, con la garantía de su empresa —dijo.

—Si le va a prestar el dinero, sí.

—¿Por qué no va a hablar con él?

—¿Qué, le iba a decir? Además, podría echarme rodando escaleras abajo. ¿Es que no se atreve usted?

Ella guardó silencio nuevamente.

—Usted no le ama —dijo York.

—Creo que me dejé deslumbrar por él. Pero es un buen muchacho, alegre, simpático, amable... y muy trabajador.

—Sin embargo, no le gusta a su padre.

—Es cierto.

—¿Por qué?

—No quiso decírmelo. Simplemente, manifestó su oposición. No era el hombre que me convenía.

—¿Y no dio más explicaciones?

—No.

—Pídaselas. Si apreciaba tanto a su padre y viceversa, él debe explicarle con toda claridad porque Hoot Melville no es el hombre adecuado para yerno.

—Sería tanto como confesar mi fracaso...

—Cuando se actúa con sinceridad, no debe haber miedo en

admitir los errores propios.

Constance hizo un gesto de aquiescencia.

—Lo pensaré —dijo.

Terminaron de almorzar, sin cambiar apenas más que unas frases convencionales. York pidió la nota, pagó y se puso en pie al mismo tiempo que la muchacha. Ella sonrió desvaídamente.

—Gracias por todo, señor York.

—Consúlteme si tiene dificultades.

Se despidieron en la puerta del restaurante. Constance subió a su «Volkswagen» y se alejó inmediatamente. York sacó un cigarro largo y delgado, mordió la punta, escupió y aplicó al extremo la llama del encendedor. Luego, sin prisas, subió a su coche.

Entonces oyó una voz a sus espaldas:

—Abogado, no mire hacia atrás. Conduzca tranquilamente. Vamos a su despacho.

CAPÍTULO VII

A pesar de la orden, York no pudo evitar lanzar una mirada al retrovisor. Entonces se dio cuenta de que el espejo había sido opacado con unas tiras anchas de papel adhesivo. Tenía que contentarse con el retrovisor lateral, de modo que no podía ver la cara del sujeto que estaba en el asiento posterior, armado, con toda seguridad.

—Debe de tener mucha urgencia en solucionar algún problema legal, ¿no es cierto?

—Vamos a buscar cierto objeto que usted omitió entregar el otro día a dos buenos amigos —contestó el desconocido.

—Ah, ya recuerdo... —York se echó a reír—. Pierde el tiempo, muchacho.

—¿Cómo?

—¿Me toma por tonto? ¿Piensa que yo también soy un chantajista? El rollo de películas está ya en poder de la policía. Saqué el *filmpack* de la cámara antes de que me la quitasen.

York oyó una maldición a sus espaldas.

—No le creo...

—Bueno, me detendré ante la primera cabina telefónica y le acompañaré para que hable con el sargento Peabodd. Esas cosas no me interesan absolutamente, por más que piense lo contrario.

—Pero, entonces, ¿por qué se llevó los aparatos...?

—Por curiosidad, simplemente.

Hubo un instante de silencio. Luego, de pronto, el desconocido lanzó un gruñido:

—Arrímese a la acera.

—Está bien.

York redujo la velocidad y empezó a buscar un hueco para situar el coche. A los pocos segundos, paró el vehículo.

La portezuela empezó a abrirse. El desconocido apoyó el pie

derecho en el suelo. Entonces, York pisó a fondo el pedal de gas y el coche arrancó con tremendo impulso.

Pillado por sorpresa, antes de apearse totalmente, el tipo cayó al suelo, dando varias vueltas sobre sí mismo. York volvió a frenar, saltó del coche y corrió hacia el sujeto, que empezaba a sentarse en el suelo en aquel momento. Cuando vio que York corría hacia él, trató de sacar el arma, pero entonces un pie golpeó violentamente su muñeca.

Un policía corrió hacia ellos. York mantenía al hampón tendido en el suelo, sujetándole con el pie derecho. La mano del sujeto estaba aún en el interior de la chaqueta.

—Agente, ese hombre ha intentado robarme —dijo el joven—. Soy el abogado York. Puede llamar al sargento Peabodd, de Homicidios; él fiará por mí.

—Está bien, señor York...

—Cuidado, tiene un arma.

El policía apuntó con la suya al caído, en cuyos ojos se leía una expresión de furia indescriptible. Un coche patrulla se acercaba en aquel momento. Sus dos ocupantes desembarcaron y se hicieron cargo del detenido.

—¿Dice que trató de robarle, abogado? —preguntó el jefe de la patrulla.

—Así es —contestó el joven, con la vista fija en el sujeto.

—Está bien. Iremos a la Jefatura. Tendrá que acompañarnos, abogado —dijo el policía.

—Con muchísimo gusto, agente.

Don Shaw quedó arrestado bajo la acusación de intento de robo y tenencia de armas. York sabía que muy pronto se presentaría algún abogado a liberarlo, mediante la oportuna fianza, pero le interesaba menos la libertad de Shaw que saber para quién trabajaba.

A las seis de la tarde llamaba a la puerta de una lujosa residencia, situada en las afueras de la ciudad. Al otro lado de la puerta se oyeron fuertes ladridos.

—¡Quieto, «Kit»! —dijo la mujer. Luego preguntó—: ¿Quién es?

—York, señora Lance. Me envía el señor Blunt.

—Oh, sí... Aguarde un momento, voy a encadenar al perro.

—Sí, señora.

Eva Lance abrió minutos después. Era una mujer arrogante, esbelta, aunque, seguramente, ya no cumpliría los treinta años. Pero resultaba espectacular.

En aquellos momentos vestía un ceñido *pullover* azul y pantalones muy ajustados, de color grisáceo, con unas horribles rayas rojas. Era la clase de vestimenta que habría sentado bien a una quinceañera. Ella aparecía fatal. York la comparó mentalmente con Sheila Watts. Perdió Eva.

—Es un placer, señor York —dijo la dueña de la casa—. Mi... amigo, el señor Blunt, me ha dicho que usted puede, tal vez, resolver cierto enojoso problema...

—Quizá, aunque no es seguro —sonrió York—. Pero haré lo que pueda.

—Gracias, gracias, amigo mío. ¿Le apetece una copita de jerez? ¿O prefiere algo más fuerte?

El visitante alzó una mano.

—Se lo agradezco mucho, pero no es mi hora. Por favor, ¿quiere indicarme dónde está el dormitorio?

—Con mucho gusto. Sígame, por favor.

Era una pieza enorme, rectangular en la primera mitad y en forma de concha en el lugar destinado a la cama, situada sobre un estrado de tres peldaños, espesamente alfombrados. La cama era de colosales dimensiones. York se preguntó si la señora Lance había estado casada con algún gigante.

La decoración era en blanco y oro, salvo en las puertas que había cuarterones en terciopelo color Burdeos. «Evidentemente, un nido de amor», se dijo el abogado.

Durante unos minutos estudió los diversos muebles, en busca de un posible escondite para la cámara de TV. De pronto, pensó en el aire acondicionado.

Las rejillas de los conductos estaban cerca del techo, justo en el punto donde la pared recta empezaba a curvarse. York buscó un taburete, trepó a él y, con la ayuda de una navajita, soltó los tornillos que sujetaban la rejilla. Al otro lado estaba la cámara.

Eva lanzó una exclamación de asombro.

—Es increíble...

—Lo que ven los ojos de uno no es increíble, señora —sonrió York. De pronto, pensó que la cámara había enviado las imágenes a

alguna parte. Aunque no era un técnico en la materia, pudo ver adosada una caja con los mecanismos de control remoto por radio. En alguna parte, se dijo, debía de estar la antena.

Trabajó ahincadamente. Una hora más tarde se dispuso a abandonar la sala. Aquélla era la única cámara instalada en el dormitorio. La antena estaba en el tejado, perfectamente disimulada.

—Señora, ¿ha estado ausente de la ciudad una temporada? —preguntó.

—Hace unos tres meses... Fui a Miami, a pasar unas vacaciones...

«Con Blunt, quien asistiría, seguramente, a alguna convención», se dijo York.

—¿Estuvo ausente mucho tiempo?

—Aproximadamente un mes.

—¿Se llevó el perro?

—No, —lo dejé en una guardería canina... No es precisamente un pekinés, señor York.

—Claro. Adiós, señora Lance.

—Aguarde un momento —dijo ella—. ¿Tiene mucha prisa? ¿No le parece que ya es hora de tomar una copa?

York la miró de pies a cabeza un instante. Luego hizo un gesto negativo.

—No quiero que «Kit» esté atado mucho rato —contestó.

Aquella noche, cuando fue a cenar a Stumpy Fox, conoció a Hoot Melville.

Estaba en una mesa, con Constance. Ella se lo presentó. Al ponerse en pie para saludarle, York vio que Melville era un joven bien parecido y agradable. Debía tener unos veintiocho años, calculó.

—Hoot, el señor York es mi abogado para unos asuntos personales —dijo la muchacha.

—Claro —contestó Melville—. ¿No quiere cenar con nosotros, abogado?

—Gracias, tengo ya mesa reservada. Además, un tercero siempre estorba en determinadas circunstancias. Ha sido un placer, señor Melville.

—Llámeme Hoot, como todos.

York hizo un leve gesto con la cabeza. Constance le dirigió una sonrisa de simpatía. Él contestó con un guiño afirmativo.

Media hora más tarde, vio que un camarero ponía un teléfono sobre la mesa que ocupaba la pareja. Melville se llevó el auricular a la cara, escuchó unos momentos y luego se puso en pie. Constance se quedó sola.

York se acercó a ella a los pocos segundos.

—¿Qué le pasa a su prometido?

—Le han llamado de su oficina —dijo—. Creo que hay problemas con una carga...

—Los negocios tienen esto; pueden estropear una velada agradable cuando menos se lo espera uno.

—No se puede evitar —sonrió ella—. Usted me hizo antes un guiño...

—Sí. Quería decirle que el chico vale la pena.

—¿Usted cree?

—A mí me ha causado una buenísima impresión.

—Pero me ha pedido dinero...

—Está empezando. Ayúdele. Tal vez, dentro de unos años, sea un importante industrial, con una poderosa flota de camiones... El Banco le pedirá un interés muy elevado, y si acude a los prestamistas particulares empeñará hasta los gases de los tubos de escape de sus camiones.

Constance se echó a reír.

—Más que mi abogado, parece usted el abogado de mi prometido —exclamó.

—Sí, un Cupido armado con el Código —rió él—. Buenas noches, Constance, perdón, señorita Ackers...

—Constance está bien, Steve. Buenas noches y gracias.

—No me las dé. Cobro por hacer esto. Adiós.

El hombre salió de su casa, satisfecho de la vida, con un cigarro entre los dientes. Era de buena estatura y ya tenía el vientre abultado. Stuart Jellyson avanzó hacia el auto que había dejado estacionado junto a la acera. Antes de llegar al vehículo, se volvió. La puerta estaba abierta y su esposa le despedía con un gesto de la mano.

Jellyson contestó con un gesto análogo. Dio unos pasos más y empezó a rodear el vehículo para entrar por el lado izquierdo.

Súbitamente, un coche, que rodaba en punto muerto y sin luces, se detuvo a su lado. Jellyson se volvió.

Lo único que vio fue un revólver con silenciador. Casi no tuvo tiempo de fijarse en las grandes gafas oscuras que tapaban los ojos y buena parte de la cara del sujeto. El revólver emitió un leve chasquido.

Jellyson se tambaleó. Un segundo disparo le alcanzó en el pómulo izquierdo. Lentamente, sin saber ya qué ocurría, empezó a resbalar hacia el suelo.

El asesino embragó y arrancó muy suavemente, sin hacer apenas ruido. Unos metros más adelante, encendió las luces. Era un barrio residencial, tranquilo, de muy escasa circulación. Pasó casi media hora antes de que alguien viera el cuerpo hecho un ovillo al pie del automóvil.

—Ha llamado el sargento Peabodd —dijo Maggie a la mañana siguiente.

—Llámelo usted —contestó York—. Traígame café.

—Bien, jefe.

Momentos después, York se ponía en contacto con su amigo.

—Tenemos otra víctima —dijo Peabodd.

—¿Quién?

—Jellyson.

York inspiró con fuerza.

—Es el tipo contra el que disparó McCawn —dijo.

—Sí, pero esta vez, McCawn ha presentado una coartada irrefutable. Nada menos que mi propio jefe lo vio a la hora en que se cometió el crimen. Entre otras personas, de cuya palabra no cabe dudar, lógicamente.

—Garry, en aquella ocasión, McCawn disparó contra Jellyson en el curso de una discusión por el reparto de «zonas de influencia». McCawn perdió los estribos, pero ahora se ha dado cuenta de que podía resultar peligroso para él y ha contratado a un asesino.

—Es el mismo que ha cometido ya tres muertes, Steve.

—¿Estás seguro, Garry?

—El informe de Balística no admite dudas, Steve. Si McCawn tiene algo que ver con este asunto, no cabe duda de que ha importado un «matador» muy hábil. No lo conocemos, no tenemos referencias de él, debe de vivir como un ciudadano cualquiera y

deja tanto rastro como un pez en el mar.

—Sí, ya veo. Bueno, Garry, si ha sido McCawn, se ha salido con la suya. La única pista que tienes es la que te facilitó la señorita Ackers.

—Sí, el joven deportista... Pero un hombre de cuarenta años, delgado y ágil, con lentes oscuros, puede pasar también por un joven deportista, sobre todo, si va bien afeitado y no se le ven los rasgos de la cara. ¿Habremos de llamarle, clásicamente, El Asesino Fantasma?

York lanzó una carcajada.

—Dado su aspecto personal, puedes llamarlo El Asesino por Deporte.

Peabodd lanzó un bufido. Luego, York le recordó los veinticinco billetes encontrados en los bolsillos de Evans.

—Aún no hemos dado con el rastro —respondió el sargento—. ¿Quién sabe si la víctima no fue lejos de la ciudad, a otro Banco, a pedir ese dinero?

—Es muy posible, pero no pierdas las esperanzas, Garry.

Apenas terminó de hablar, York tocó la tecla del interfono. Antes de que pudiera decir nada, Maggie exclamó:

—Jefe, me siento muy furiosa. He visto a Constance antes en alguna parte y no consigo recordarlo.

—Deje ahora a la señorita Ackers y recuerde el número de teléfono de McCawn. Pídale hora para una entrevista.

—¡Al fin va a verle!

—Sí, en efecto.

CAPÍTULO VIII

Ernest B. McCawn abrió una caja de cigarros y ofreció uno a su visitante. York lo encendió, visiblemente complacido.

—Son de mi marca —dijo.

—Le vi fumar más de una vez antes del juicio —sonrió McCawn—. Por eso me acordé de comprar una caja. Puede llevársela luego.

—Gracias. —York se retrepó en el sillón del despacho de su interlocutor—. Supongo que no me ha llamado para hablarme de la muerte de Jellyson.

—¿No sabe ya que no tengo nada qué ver con ese asunto? Fallé en aquella ocasión y ahora me alegro. Yo no era el único enemigo de semejante caimán. No habría alzado ya un dedo por matarlo, pero tampoco le voy a llorar.

—Sí, me lo imagino. —York cruzó las piernas displicentemente—. De todas formas, sus insistentes llamadas son anteriores a ese fúnebre suceso. Cuente, cuente, amigo Ernest... es decir, si me permite llamarle así.

—Ernie mejor —sonrió McCawn. De pronto, metió la mano en uno de los cajones de su mesa, sacó algo y se lo lanzó al visitante—. ¿Sabe lo que es eso, Steve?

York contempló unos instantes la *cassette* de cinta de TV.

—Chantaje —dijo.

—Sí.

—¿Cuánto?

—Diez mil.

—¿Vale la pena?

—Lo vale, Steve.

—¿Qué quiere que haga?

—Busque al chantajista.

York soltó una risita.

—Ernie, usted tiene buenos sabuesos. No me encargue a mí una

cosa semejante —dijo.

El cartucho de cinta magnética voló de nuevo en sentido inverso.

—¿No acepta? —se asombró McCawn.

—No.

—Podría pasarme una buena minuta...

—Emplee ese dinero en pagar horas extras a sus gorilas, Ernie. A propósito, ¿qué clase de calefacción se usa en casa de la amiga?

—Aire acondicionado, por supuesto.

—Busque en uno de los huecos del dormitorio, al otro lado de la rejilla de aireación.

—¡Rayos! ¿Cómo lo sabe?

—Encontré una cámara en otro dormitorio.

—Lo cual significa que ha aceptado encargos de esta clase...

—El último, Ernie.

York se puso en pie y agarró la caja de cigarros.

—Acepto su obsequio y me la llevo porque le he indicado cómo deshacerse de una cámara indiscreta. Pero eso es todo. Ya abonó la minuta de honorarios por mi defensa y no quiero tener más relaciones con usted. Adiós, Ernie.

Salió del despacho, precedido por el cigarro humeante. En la pieza inmediata había dos sujetos, uno de los cuales era el compinche de Rysen Granger. Con gran solemnidad, abrió la caja y entregó sendos cigarros a los hampones.

—Cortesía del jefazo —dijo solemne.

Maggie casi se le echó encima cuando volvió al despacho.

—¿Qué le ha dicho McCawn? ¿Teme ser acusado por la muerte de Jellyson?

—No sea boba, Maggie. McCawn quería otra cosa, pero no he aceptado.

—Bueno, pero ¿qué quería? ¿Me va a tener usted en la angustiada incertidumbre de la ignorancia?

York lanzó una risita.

—Maggie, sospecho que oye demasiados seriales en la radio —dijo—. Lo que McCawn quería era algo que no he podido aceptar. Y para calmar su ardorosa impaciencia le diré que es relativo al asunto de los chantajes.

—¿Cómo? ¿También a él?

—También, Maggie.

—Jefe, en cuanto vuelva a mi casa empezaré a revisar todas las paredes. Ese asqueroso individuo sería capaz de poner una cámara en mi dormitorio...

York miró a Maggie, una mujer de unos treinta y tantos años, enormemente simpática, pero con el tipo de un cargador de muelle y la fealdad de una gárgola medieval. Resultaba increíble para mucha gente saber que estaba casada y que era inmensamente feliz con su esposo y dos niños ya talluditos.

—¿Apaga usted la luz cuando su marido empieza a hacerle cosquillas debajo del mentón? —preguntó.

—No se meta en mi vida íntima —protestó ella. De pronto se dio una palmada en la frente—. Tiene una llamada —dijo.

—¿Quién, Maggie?

—Cindy Jenkins. Dijo que era sobre el asunto. Evans.

—¡Maldición! Ya la había olvidado casi.

—Ah, sabía que tenía que verla.

—Claro, Maggie. ¿Le ha dado una hora?

—Antes de las siete de la tarde.

York consultó su reloj.

—Hay tiempo —dijo.

—¿Sabe algo esa prójima de Evans?

—Puede saber. Le oyó hablar en sueños.

—¡Escandalosa!

—Él, en todo caso —sonrió York. Y, en aquel momento, sonó el teléfono.

Maggie levantó el aparato.

—Despacho del abogado York —anunció. Escuchó unos instantes y luego dijo—: Muy bien, señor Victor; se lo diré y si no está ocupado, atenderá su llamada en el acto.

La mano de la secretaria tapó el micrófono.

—Charles N. Victor, presidente de la Copper Mining Corporation, de Phoenix, Arizona. ¿Le suena?

—Me suena. Una empresa minera de enorme volumen de negocios —respondió el joven.

—Pues es el jefe supremo en persona. ¿Qué le digo?

York alargó la mano.

—Hablaré con él —accedió.

Estaba muy pintada y delataba claramente su profesión. Cuando Cindy Jenkins se cercioró de la identidad de su visitante, le hizo pasar y cerró la puerta con doble vuelta de llave.

—Kitty me habló de usted —dijo.

—Sí, ella mencionó su nombre. ¿Qué hay, Cindy?

—¿Puede pagarme cien «pavos»?

—Tal vez la información no valga ese dinero.

—Estoy segura de que sí —afirmó Cindy.

—Óigame, diga usted primero...

—No, primero la pasta.

Era una mujer tenaz, pensó York, mientras sacaba el dinero del bolsillo.

—Hable —invitó, después de entregarle los diez billetes.

—Aquella noche, Evans había cobrado su pensión... ¿Sabía usted que...?

—Sí, lo sabía —atajó York, rápido—. No se entretenga en detalles.

—Bueno, me buscó y vinimos aquí. Él dijo que tenía ganas de pasar la noche conmigo.

—Y como pagó, usted tan contenta.

Cindy se encogió de hombros.

—Es mi oficio —respondió—. Estuvimos refocilándonos un rato; no crea, Max era muy hombre, pero luego, claro, nos dormimos. A la madrugada él empezó a agitarse en la cama. Soñaba en voz alta; yo lo advertí enseguida y, como tenía sueño, no quise despertarle...

—¡Qué chica tan caritativa! —comentó York irónicamente—. Repita lo que dijo.

—Hablabla de dinero, mucho dinero... Pobre, estaba siempre con los bolsillos vacíos, de modo que no me extrañó. También el hambriento sueña con comida, ¿no es cierto?

York alzó la vista al techo.

—Siga —dijo con voz crispada.

—Luego maldijo a Jack Soames... Echó pestes de él. ¿Sabe quién es Soames? El jefe de personal de la WNKBC, la emisora local de televisión. Por lo visto, Max había estado empleado allí una temporada y Soames lo despidió, aunque no sé por qué... ¿O quizá se marchó él sin más?

—¿Eso es todo? Cindy, sospecho que voy a tener que darle una

paliza y llevarme las nueve décimas partes del dinero —dijo York de mal humor.

—Espere, hombre —contestó ella—. Max habló también del Cuerno de Oro...

—Eso está en Turquía, Estambul.

—¿En Turquía? Pues mire, no tenía la menor idea...

—Está bien, siga, Cindy.

—Ya no hay más, abogado.

York parpadeó. Aquella furcia, ¿había querido burlarse de él?

De pronto, Cindy dejó caer su bata hasta la cintura. Era lo único que llevaba encima.

Sonrió provocativamente.

—En los cien dólares está incluido todo —dijo.

La bata resbaló hasta el suelo. York hizo una mueca.

—Lo siento, pero no me gustan las mujeres —contestó.

Ella abrió la boca estúpidamente.

—Vaya, lo que me faltaba, un maricón —dijo.

Se puso la bata otra vez y extendió la mano.

—Anda, lárgate, ve al bar de Sandy. Allí se reúnen todos los de tu especie —dijo.

—Son defectos de la naturaleza —se despidió York. Cuando salió de la casa, lanzó una alegre carcajada.

Pero luego se puso serio. ¿Por qué había tenido que mencionar Evans el Cuerno de Oro?

Metafóricamente, esperaba conseguir mucho oro, pero ello no tenía ninguna relación con aquel hermoso paraje del Bósforo, en Estambul. La incongruencia saltaba a la vista.

¿Y el empleo en la emisora de TV? ¿Qué había hecho allí? ¿Lo habían despedido o se había marchado él voluntariamente?

Subió al coche. Entonces oyó un zumbido. Alargó la mano y descolgó el radioteléfono.

—York —dijo.

—Jefe, póngase en contacto con Peabodd —sonó la voz de Maggie.

—Está bien.

York pidió a la central comunicación con la policía. No tardó mucho en estar en contacto con el sargento.

—¿Qué sucede, Garry? —preguntó.

—Se trata de Don Shaw, el hombre que quiso quitarte algo que no tenías —dijo Peabodd.

—Ah, sí, el *filmpack* hallado en casa de Sheila Watts. ¿Lo has revelado?

—Sí, pero como no hemos hallado más que fotografías de la pareja, he ordenado archivarlas. Si no tienen relación con el caso, es decir, una relación delictiva, haré que las quemen, junto con el negativo.

—Muy bien. Ahora, por favor, hálame de Shaw.

—Ha sido puesto en libertad, bajo fianza. Pero no trabajaba para McCawn, como sospechabas. Su patrón está muerto.

—Jellyson.

—Exactamente.

—¿También a éste le interesaba el asunto del chantaje?

—Así parece, pero recuerda que Jellyson y McCawn eran competidores.

—Ahora, McCawn está solo.

—En efecto.

—¿Puedes darme el domicilio de Shaw? Quizá convenga hablar con él.

—East Walk, cincuenta y ocho.

—Muy bien, gracias, Garry.

York hablaba mientras el coche se movía a través de las calles de la ciudad. Poco más tarde se detuvo ante un lujoso edificio de apartamentos, rodeado por una extensa zona ajardinada.

Estacionó el coche, se apeó, cruzó un sendero, entró en la casa y se dirigió hacia el ascensor. Poco después, presionaba el timbre de llamada de una puerta.

La puerta se abrió y York oyó en el acto el sonido de un piano tocado con notable maestría. Delante de él, Constance manifestó su sorpresa.

—Señor York —exclamó.

—Parece que no he llegado en un buen momento —sonrió él.

—Oh, déjese de cumplidos. —Constance alargó la mano y tiró de él hacia adentro—. Es mi prometido.

York captó las inconfundibles notas de la *Rapsodia en Azul*, de Gershwin. Era una interpretación bastante buena, se dijo.

El apartamento estaba montado con notable gusto. El gran salón

aparecía dividido en dos planos. En el superior, Melville estaba sentado ante un gran piano de cola.

Parecía muy abstraído en la música. En silencio, Constance preparó una copa y se la ofreció a su visitante.

—¿Y bien? —dijo.

York alzó la mano. Quería disfrutar de aquel improvisado concierto. Resultaba sorprendente ver al director de una empresa de transportes tocando el piano con la habilidad de un buen profesional.

Las últimas notas de la melodía se desvanecieron en el aire. York dejó la copa a un lado y aplaudió cortésmente.

CAPÍTULO IX

—Desconocía sus habilidades, señor Melville —dijo el visitante —. Le felicito muy sinceramente.

Melville hizo una inclinación de cabeza.

—Gracias, abogado. La verdad. Constance también se sorprendió cuando supo que yo tocaba el piano. Aprendí desde niño y hubo un tiempo en que, incluso, formé parte de una orquesta profesional. Pero lo dejé.

—¿Por qué? Podía haber llegado muy alto.

—No lo crea. Para los profanos puedo parecer un maestro. En realidad, soy un mediocre pianista. Constance, veo que estorbo; tendrás que hablar con tu abogado.

—No tengo secretos para ti, Hoot, ya lo sabes —declaró la muchacha.

Al hablar, miraba a York. El abogado sonrió.

—Señorita, si no le importa, preferiría que hablásemos a solas. Luego, me imagino, le contará todo a su prometido, lo cual estimo completamente lógico. Por favor, no lo tome a mal, señor Melville.

—Oh, no, en absoluto.

Melville se acercó a Constance y la besó en una mejilla.

—Te llamaré a la noche —se despidió—. Buenas tardes, abogado.

Constance y York quedaron a solas. Ella se sentía muy nerviosa.

—¿Qué sucede, señor York? —preguntó.

—Usted no se llama Ackers, sino Víctor —dijo él.

—¿Cómo lo ha sabido? —exclamó Constance, casi furiosa.

—Su padre me ha llamado desde Phoenix.

—Oh...

La joven se sentó en un diván.

—¿Qué le ha dicho? —preguntó a media voz.

—Usted es mayor de edad y puede hacer lo que quiera, pero su

padre ha tomado la decisión de desheredarla si insiste en casarse con Melville.

—Pero yo le amo...

—No está segura. Y no es el hombre que le conviene.

—Mi padre no sabe...

—Su padre tiene otros negocios menores, aparte de la empresa de minería. Hace un par de semanas fue robado un camión de la Compañía Víctor de Transportes. Él camión transportaba un valioso cargamento de cobre en lingotes... y hoy el cobre vale casi tanto como el oro. El camión apareció muy pronto, sin la carga, pero alguien vio a Melville conduciendo otro vehículo semejante. No se tiene la certeza de que haya sido él, por supuesto, pero las sospechas son muy vivas.

—Oh, no, sólo por sospechas, mi padre no va a impedir que yo me case con Hoot.

—Al señor Víctor no le gustan los hombres que piden dinero a las mujeres. En ciertas circunstancias, claro. ¿Le ha dado ya los diez mil dólares?

—Sí. Hemos firmado un documento. Ahora yo tengo parte en su empresa de transportes. Somos socios.

York arrugó la nariz.

—Esto no huele bien —dijo.

—Oiga, el apartamento está bien cuidado...

—No me refería yo a la limpieza de la casa, Constance.

Ella comprendió y apretó los labios.

—Usted también sospecha de él —adivinó.

—Realmente, no sospecho nada. Pero presiento que Melville no es lo que se dice vulgarmente trigo limpio.

—Hablaré con él. Si está mezclado en algún asunto turbio, le haré que lo deje.

—Quizá sea tarde ya.

—¿Cómo dice?

—La empresa de transportes puede ser legal, pero dedicarse a actividades delictivas... Usted ya es uno de sus dueños.

Constance se puso pálida.

—¿Cómo! ¿Piensa que Hoot ha tratado de comprometerme...?

—¿Tiene aquí los documentos del préstamo y de su entrada en la asociación?

—No. Se los quedó él. Dijo que debían ser legalizados... Su abogado se encargaría de ello. Se llama Oleg Stuyck.

—Señorita, usted hará lo que quiera, pero, en su lugar, yo rompería la asociación inmediatamente.

—No puedo. He dado dinero...

—Eso es lo de menos. Pierda ese dinero, pero líbrese del compromiso que supone estar asociada a un negocio no tan honesto como parece.

—Me siento muy decepcionada. ¿Cómo ha podido Hoot complicarme de esta manera?

—Se lo diré con toda claridad: por la fortuna de su padre.

Constance tenía lágrimas en los ojos.

—Un cazadotes...

—Un hombre ambicioso, simplemente.

—Robó un cargamento de cobre.

—Seguramente, lo exportarían fuera del país. Contrabando, claro.

—¿Da mucho dinero esa clase de negocios?

—Hombre, cuando la mercancía resulta gratis, los beneficios son totales.

—Está bien. No sé qué le diré...

—No le diga nada, por ahora.

—Pero no puedo estarme callada.

—¿Conoce él la oposición de su padre a esta boda? —Sí, claro.

—Entonces, díglele que he venido representando a su padre y que usted se niega a romper las relaciones. Al menos, ganaremos el tiempo suficiente.

—¿Suficiente? —se asombró ella.

—Sí. Traiga papel y pluma. Voy a redactar un documento, en el que usted me otorgará plenos poderes para desligarse de su asociación con la compañía de transportes Melville, renunciando, si es preciso, al dinero que ha entregado. Y yo me las entenderé con el abogado Stuyck.

Constance lanzó un hondo suspiro.

—Creo que es el final de un hermoso sueño —dijo.

—Sí, un hombre joven, guapo, buen concertista, trabajador... pero eso es sólo la cáscara que envuelve otras cualidades mucho menos apreciables. —York sonrió—. Constance, a su edad, ciertas

contrariedades se disipan muy pronto —agregó persuasivamente.

Jack Soames, jefe de personal de la WNKBC, miró un tanto perplejo a su visitante.

—¿Qué quiere saber de Max Evans? —preguntó.

—Lo que pueda decirme. Como jefe de personal, tal vez deba callar datos de sus subordinados y yo no dispongo de un mandamiento judicial para obligarle a hablar —contestó York.

—Bueno, tampoco hay por qué ocultar nada. Un buen día, Evans vino y pidió trabajo. Se le hizo una prueba, dio resultado y obtuvo un contrato. Era un buen técnico, todo hay que decirlo. Los informes que llegaron hasta mí, pocos, porque estuvo apenas unas semanas con nosotros, eran inmejorables. Pero de pronto, se despidió sin más. No volví a saber de él, hasta que leí en los periódicos la noticia de su muerte.

—Entonces era un buen técnico.

—De lo mejorcito en su clase, abogado.

—¿Qué hacía en la emisora?

—Empezó con revisiones rutinarias... Luego se ocupaba de los enlaces; cubrimos una zona bastante extensa y hay puntos donde, sin un enlace adecuado, un repetidor, un reemisor, la recepción resultaría deficiente, cuando no nula. Él iba a encargarse de todo eso, cuando se despidió.

—¿Sabe si había recorrido todos los puntos dónde tienen ustedes un enlace?

—Claro. Viajaba con el jefe de sección...

York sonrió, a la vez que se ponía en pie.

—Le quedo muy agradecido, señor Soames —se despidió.

La entrevista había tenido lugar poco después de las nueve de la mañana. Maggie recibió ansiosamente a su jefe.

—Ya sé dónde he visto a su cliente, jefe —exclamó. Con aire triunfal sacó una revista—. Mírela: Constance Víctor, hija del Príncipe del Cobre. Así llaman a su padre, el buen Charles K. Víctor.

York contempló la revista. El pelo de Constance aparecía casi negro en la fotografía a todo color. Ella estaba peinada con raya en medio y un gran moño. Ahora era muy rubia y llevaba el pelo largo y suelto. El aspecto de la muchacha cambiaba casi totalmente.

—Preciosa —dijo.

—Gracias, jefe.

—No, si lo decía por Constance —rió York—. Maggie, sea buena y póngame con el sargento Peabodd.

—Está bien.

Peabodd y York hablaron durante unos minutos. El sargento se mostró sumamente extrañado de las acusaciones del padre de Constance.

—Nunca habíamos oído nada semejante —declaró—. Steve, ¿no se tratará de una trampa tendida por el padre de la chica?

—El cargamento robado ha desaparecido. Víctor no tiene pruebas, sólo sospecha de él. Si dispusiera de pruebas, Melville estaría ya en la cárcel.

—Tal vez tengas razón, Steve. De todos modos, no sé de ninguna denuncia sobre el particular.

—Estamos muy lejos de Phoenix y tú no te ocupas de los robos, Garry.

York colgó el teléfono y consultó la hora. Luego, a través del interfono, llamó a su secretaria.

—Maggie, hable con Oleg Stuyck. Dígle que deseo una entrevista y que señale la hora conveniente —ordenó.

—Está bien, jefe.

Stuyck recibió a su visitante cerca de las cinco de la tarde.

—Usted dirá, colega —dijo, después de ofrecerle un *whisky*.

—Se trata de ciertos documentos de asociación... —Manifestó York—. Mi cliente entregó diez mil dólares como préstamo y, a cambio, se convirtió en asociada de una empresa de transportes, la Melville Truck.

—Ah, sí, lo recuerdo. El señor Melville es mi cliente. Un joven emprendedor y digno de toda confianza —declaró Stuyck.

—Sobre eso, hay opiniones, pero no voy a discutir. Yo tengo otro cliente, la señorita Constance Víctor.

—Ah, no lo sabía...

York sacó un documento doblado en cuatro pliegues y lo puso sobre la mesa.

—Es una fotocopia, naturalmente. Yo conservo el original, en el que la señorita Victor me concede plenos poderes, con el fin de romper su asociación con la compañía Melville.

—¡Caramba, es una sorpresa! —exclamó Stuyck—. Apenas ha empezado a funcionar... Mi cliente tendrá que devolver los diez mil

dólares...

—La devolución del préstamo puede aguardar; la señorita Victor no tiene prisa alguna. En cambio, sí le interesa la disolución de la sociedad.

Stuyck miró la hora en un gran carillón que adornaba su despacho.

—Es ya un poco tarde para empezar a redactar documentos —se quejó.

—Ha de ser ahora —dijo York, inflexible.

—Está bien pero antes quiero comunicarme con mi cliente. Supongo que no habrá inconveniente...

—Ninguno, colega.

Stuyck llamó a su secretaria y le dio una orden. A los pocos momentos, la secretaria le comunicaba que el señor Melville estaba ausente de su oficina.

—Bueno, podríamos aguardar a mañana... —sugirió Stuyck.

—Ahora —insistió York—. Su cliente no puede impedir la disolución de esta sociedad. Comuníquesele en cuanto le sea posible, pero no pienso salir de aquí sin los documentos pertinentes.

—Tendrá que firmar él...

—Señor Stuyck —dijo el joven, malhumorado—. Usted tiene plenos poderes de su cliente, como la señorita Victor me los ha otorgado para esta acción legal. De todos modos, si no quiere redactar esos documentos, deme uno en el que haga constar que, en el nombre de su cliente, se da por enterado de que la señorita Victor no desea continuar más en la sociedad.

—De acuerdo —accedió Stuyck finalmente—. Pero no comprendo los motivos de tantas prisas.

—Ése es asunto entre mi cliente y yo. Y, recuerde, no pedimos la devolución inmediata del préstamo, sino que aceptamos que el señor Melville reintegre el dinero cuando le resulte conveniente.

El otro abogado asintió. Media hora más tarde, York salía a la calle con una serie de documentos en el bolsillo. Si Melville intentaba comprometer a la muchacha, ya no podría hacerlo. En todo caso, él podía resultar más comprometido, puesto que debía diez mil dólares.

Desde el coche, llamó a Constance.

—Todo resuelto —dijo—. Ya no tiene que ver nada con la

Melville Truck Corporation.

—¡Oh, Steve! ¿Qué dirá él cuando lo sepa?

—Una vez me pidió un consejo. Yo me negué a dárselo. Ahora, sin embargo, la cosa es distinta. ¿Comprende?

—Sí. ¿Cuál es el consejo?

—Sea franca con él. Háblele con toda claridad. Si le ama, no puede seguir ocultándole las cosas por más tiempo. Y si él la ama a usted por sí misma y no por su dinero, le contará todo lo que haya de turbio en su vida y prometerá corregirse.

—Resultará duro, Steve.

—Las cosas de las que puede depender el futuro de las personas no suelen ser fáciles. Pero evitan muchos problemas, Constance.

—Está bien. Gracias, de todos modos.

—Ya la llamaré en otro momento —sonrió él.

Dejó el teléfono en su sitio y condujo el automóvil en dirección a la calle East Walk. Unos minutos de conversación con Don Shaw, se dijo, podrían resultar de mucha utilidad.

CAPÍTULO X

La boca ansiosa de Don Shaw buscó el cálido y perfumado cuello femenino. Ella emitió un grito de fingido temor.

—Me vas a comer, Don —se quejó.

—Viva —contestó él ardientemente.

Estaba tendido en la cama, junto a Cindy y se separó unos instantes para contemplar los desnudos senos de la mujer.

—Sí, te voy a comer —dijo. Y cuando ya se inclinaba hacia ella, sonó el timbre de la puerta.

—Llaman, Don —exclamó ella.

—¿Quién diablos será el importuno?

—Mi marido no, seguro —rió Cindy.

La llamada se repitió. Shaw, con un gruñido, abandonó la cama y se puso los pantalones.

—Aguarda un momento, nena —dijo—. Vuelvo enseguida... ¡a empezar el banquete!

—Permitiré que me devores —dijo ella.

En la contigua mesilla de noche había una radio, con despertador. Cindy alargó la mano y presionó la tecla de contacto. Una canción rítmica brotó en el acto del altavoz. Tendida boca arriba, Cindy acompañó el compás, con suaves chasquidos de los dedos de ambas manos.

Mientras, Shaw cruzaba la sala. Llegó a la puerta, maldiciendo en su interior al inoportuno visitante. Lo enviaría al diablo, se prometió, entre dos bufidos de ira.

Abrió. Entonces vio el negro cañón de un revólver que apuntaba directamente a su rostro. Antes de que pudiera gritar, el asesino apretó el gatillo.

Shaw dio un salto y cayó de espaldas. Tranquilamente, el asesino guardó el revólver, alargó la mano y cerró la puerta.

Cindy seguía en el dormitorio, escuchando la radio. Al cabo de

un rato, se impacientó por la ausencia de Shaw. La música le impedía oír nada. Tal vez estaba tratando de negocios con algún amigo.

Pasó un cuarto de hora. Cindy empezó a impacientarse.

—¡Don! —llamó.

Como no oyó la respuesta, apagó la radio. Era curioso, se dijo; no oía voces.

—¡Don! ¿Por qué no contestas, hombre? —gritó.

El profundo silencio que reinaba en la casa, la hizo sentirse repentinamente aprensiva.

—¡Don! —chilló.

De súbito, se sintió invadida por una terrible angustia. Saltó de la cama y, envuelta en una sábana, corrió a la estancia contigua.

Entonces fue cuando vio a Shaw, tendido, boca arriba, con la cabeza sobre un charco de sangre.

Cindy se puso una mano en la boca. Algo subió de su estómago. Apenas si le quedó tiempo para correr al baño y devolver la cena.

Al cabo de un rato, se sintió mejor y volvió al dormitorio para vestirse. Mientras lo hacía, maldecía su suerte. Ahora iba a verse metida en un buen compromiso. Pero ¿cómo diablos no había oído el disparo?

Cuando salía, taconeando vivamente, vio que se abría la puerta. Instintivamente, empezó a chillar.

York terminó de abrir. Entonces vio a Shaw. Cindy estaba al otro lado, con todo el aspecto de hallarse en los inicios de un ataque de nervios.

Los sanitarios y el forense se marcharon. York quedó en la casa, con Peabodd y Cindy. En la puerta, montaba guardia un agente uniformado.

—Repito que no escuché nada... Don y yo estábamos juntos. Sí, claro, en la cama... ¿Cree que Don era como ese picapleitos que tiene al lado, sargento? Don era todo un hombre, puedo asegurárselo...

Peabodd se volvió hacia su amigo.

—¿Qué quiere decir esta chica? —preguntó.

—Ya te lo explicaré luego —sonrió York—. De modo que ni siquiera oyó el chasquido del silenciador.

—Ah, pero ¿usó el silenciador? Yo había encendido la radio...

—Si la radio funcionaba, resultó suficiente para que no oyera nada —gruñó Peabodd—. Cindy, ¿le contó Shaw algo?

—No. Él atendía a sus negocios...

—Me refiero a Jellyson. Shaw era uno de sus hombres de confianza. Tal vez le dijo algo sobre los motivos de la muerte de su jefe.

—Sargento, en mi oficio se aprende a ser discreta y no hacer preguntas a la gente. Y para sus negocios, Don era una tumba —contestó Cindy.

Peabodd abrió los brazos desanimadamente.

—Otro más en la cuenta del Asesino por Deporte —dijo.

Algunos vecinos habían visto a un hombre joven, con cazadora clara, gorra y grandes gafas oscuras. Eso era todo lo que Peabodd había podido averiguar.

—Está bien, Cindy, vaya mañana a mi oficina —dijo el policía.

—Sí, sargento.

Cindy se marchó. York sonrió.

—Estuve a verla y se desnudó. Yo le dije que no me gustaban las mujeres —explicó.

Peabodd soltó un bufido.

—Vaya una idea —rezongó.

—Quizá me llames exigente, pero, ver desnuda a Cindy es el mejor remedio contra la lujuria —rió el abogado—. De todos modos, me dijo algo.

—¿Sí?

—Evans pasó una noche con ella. A la madrugada, habló de sueños. Evans habló de mucho dinero, mencionó a Soames, el jefe de personal de la WNKBC, y luego dijo algo del Cuerno de Oro. No sé qué diablos tenía que ver con ese lugar de Turquía, Garry.

—Tal vez había visto una postal turística hacía poco —apuntó el sargento—. Esa vista quedó grabada en su subconsciente y afloró durante el sueño.

—Es posible. De todos modos, conociendo el cargo de Evans en el Ejército, se comprende que trabajase algún tiempo en la televisión, como técnico. Pero lo dejó a las pocas semanas...

—Siempre dejaba el empleo a las tres o cuatro semanas de haberlo conseguido. Eso es algo que no he comprendido nunca, Steve. Y, lo que es más, tampoco dio nunca explicaciones sobre los

motivos que le inducían a despedirse del trabajo. Un hombre enigmático, ¿no te parece?

—Demasiado, aunque creo que hay otro aún más enigmático.

—¿Quién, Steve?

—El asesino deportista.

—Lo atraparemos —dijo—. Tarde o temprano, acabará por cometer un desliz.

Por la mañana, York despachó algunos asuntos pendientes. Cerca del mediodía, Maggie le anunció una llamada telefónica.

—¿Quién? —preguntó él.

—La Princesa del Cobre.

—Ah, pásela, por favor.

La voz de Constance sonaba a muchos nervios.

—Steve, le necesito urgentemente —dijo la muchacha.

—¿Suced algo grave?

—Por favor, venga pronto.

—Muy bien.

York dejó el teléfono y abandonó el despacho.

—Constance me llama —dijo simplemente.

—Sálvela, héroe —exclamó Maggie.

Treinta minutos más tarde, Constance abría la puerta de su apartamento. York observó que la joven parecía demudada, pero quizá más irritada que temerosa.

—Es algo... horrible, repugnante —dijo—. Nunca pude imaginarme que Hoot fuese capaz de una cosa semejante...

—Bien, ¿de qué se trata? Constance, me parece que está alterada. Si no le importa, voy a preparar café —sonrió el visitante.

—Lo tengo hecho ya. Espere un momento.

Constance desapareció en dirección a la cocina. Entonces, sobre una mesita baja, York divisó un cartucho de *video tape*.

Frunció el ceño. En el ángulo opuesto había un televisor, con adaptador para la reproducción de programas.

Inmediatamente, sospechó lo que ocurría. Fue hacia el televisor, dio el contacto e insertó la *cassette*. Segundos más tarde, veía a Constance, completamente desnuda, saliendo del baño al dormitorio.

De pronto, oyó un chillido:

—¡Apague eso!

York desconectó el televisor.

—No es usted la primera —dijo—. ¿Quién más había en el dormitorio, cuando fue tomada esta cinta?

—Nadie, yo sola. ¿Acaso piensa...? —Constance dejó la bandeja sobre una mesa y empezó a llenar las tazas.

—Ya le he dicho que no es usted la primera —insistió York—. Pero, por supuesto, me alegra muchísimo que la grabación se haya hecho estando usted sola.

—Es que... todavía hay más.

York vio que el rostro de la muchacha se ponía rojo.

—A ver, explíquese —pidió.

—La cámara está también orientada hacia el baño. Hay un par de tomas en unos momentos nada... agradables...

El abogado se llevó la taza a los labios para ocultar una sonrisa.

—¿Quién le ha enviado la cinta? —preguntó.

—Él, ¿quién otro podría hacerlo? Anoche, siguiendo su consejo, le hablé con toda claridad. Hoot no dijo nada por el momento. Esta mañana, sobre las diez, llamó un recadero y me entregó un paquete. Media hora más tarde me llamó Melville. Dijo que debería continuar en la sociedad o alguien más vería la cinta.

—¿Dio un nombre en particular?

—No. Simplemente dijo que la vendería a una tienda de ésas... Oh, es repugnante; me siento sucia, avergonzada...

York apuró el café.

—Vamos a su dormitorio —propuso.

Constance le acompañó. York encontró muy pronto la rejilla de aireación. Estaba sobre el dintel de la puerta que daba al cuarto de baño. La pared era lo suficientemente gruesa para que pudiera haber otra salida de aire al baño. En el conducto estaba la cámara, con el aparato de control a distancia.

Ella se quedó pasmada de asombro.

—No tenía la menor idea —dijo.

—Yo sé quién lo puso aquí, pero ya está muerto. —York estaba sobre un taburete y arrancó de un tirón los cables de conexión de la cámara—. Ahora ya puede vestirse y desnudarse tranquilamente. Y también utilizar el baño sin preocupaciones, claro.

—Si le viese, sería capaz de sacarle los ojos con las uñas —declaró Constance, rabiosa.

—Se lo merece, desde luego.

Constance, desmadejada, se sentó en el borde de la cama.

—Steve, ¿por qué lo ha hecho? —se lamentó.

—Es preciso ser realistas. Usted es una rica heredera. Hoot la conquistó en el primer momento, pero luego se dio cuenta de que usted no estaba por completo decidida al matrimonio. Tenía que comprometerla de algún modo. El préstamo, con la asociación en la compañía de transportes, era uno de esos medios. Cuando usted decidió romper la asociación, Melville contraatacó, enviándole esta cinta grabada.

—Pero ¿cómo llegó a su poder? Esto es lo que me resulta totalmente incomprensible, Steve.

—También a mí —murmuró York—. Creo, sin embargo, que Max Evans tuvo mucho que ver con todo este asunto. Él fue quien preparó todo... y recibió una bala calibre treinta y ocho como pago.

—Steve, ahora Hoot tiene el original de esta cinta. ¿Qué puedo hacer para rescatarla?

El abogado meditó unos instantes. Luego dijo:

—Constance, deje que yo me encargue de este asunto. Hablaré más tarde con usted.

—Gracias. Si resuelve este problema, le estaré agradecida toda la vida...

—No. Su gratitud terminará en el momento en que abone mis honorarios —sonrió él—. Ah, un consejo —exclamó, mientras se encaminaba hacia la puerta—. Destruya esa cinta. Sáquela de la *cassette* y péguale fuego. Luego ventile bien la cocina.

—Usted tenía razón: esto olía muy mal —dijo Constance.

—Repugnantemente —calificó el abogado.

En el rostro de Melville no había la menor simpatía hacia su visitante.

—Usted es el causante de que Constance haya roto conmigo —dijo—. Sí, puedo haber cometido algunos pecadillos, pero ¿quién puede tirar la primera piedra, abogado?

—Nadie, en efecto —respondió York, impasible, sentado frente al propietario de la compañía de transportes—. Pero, como le dije en cierta ocasión a la propia Constance, usted no es trigo limpio.

—¿De qué me va a acusar? ¿Robo? ¿Drogas? ¿Prostitución? Cuando un hombre honrado, pero pobre, se enamora de una chica

rica, y el padre no lo quiere, es fácil echarle barro encima...

—Hoot, no pretenda ser lo que no es. No quiera aparecer ahora como una cándida paloma, de plumas completamente blancas. Tengo referencias de Victor. Es cierto que usted no le gustó a él desde un principio, pero también sé que es hombre dispuesto a admitir sus errores. Si usted hubiera sido realmente un hombre decente, el señor Víctor no habría tenido el menor inconveniente en aceptarlo como yerno.

—Y no ha sido así. —Apoyados los codos en su mesa de despacho, Melville juntó las yemas de los dedos—. ¿Por qué, abogado?

—Entre otras cosas, por el asunto de un cargamento de cobre.

La cara de Melville se puso instantáneamente gris.

—Es cierto —sonrió York.

—En todo caso, no hay pruebas —gruñó el otro.

—Bien, no hay pruebas, de lo contrario, ya estaría usted en la cárcel. Pero el señor Víctor sabe positivamente que fue usted.

York sacó un cigarro y se lo puso entre los dientes, aunque no llegó a encenderlo.

—Melville, usted pidió dinero prestado a Constance. Ella accedió en la primera ocasión. La segunda vez ya le resultó más extraño, aunque también se lo dio. Pero a mí me hizo recelar su insistencia en asociarla en su empresa. Quizá es un negocio honrado... o puede que sea una tapadera. Con Constance en sus filas, usted habría tenido una magnífica protección. Su suegro habría hecho lo indecible para evitar a la muchacha cualquier perjuicio legal, debido a actividades inconfesables de una empresa en la que estaba asociada. Y cuando ella rompió con la asociación y le dijo a usted que ya no se verían más, entonces le envió la cinta grabada —concluyó el abogado.

—¿Qué cinta? —exclamó Melville.

—Vamos, vamos, no se haga el ingenuo. Demasiado sabe de qué le hablo. Yo he visto esa cinta en parte. Constance aparece en ella como vino al mundo.

—¡York! Yo no he enviado ninguna cinta —gritó Melville.

—¿Me toma por tonto, Hoot?

Melville se retorció las manos.

—Todo lo que he dicho es cierto. Sí, quería que Constance fuese

mi asociada... He hecho algunos negocios turbios... pero ya llevaba una temporada operando legalmente... Oiga, yo quiero a Constance, pero...

York observó que su interlocutor aparecía muy agitado.

—¿Por qué no habla claro? —pidió.

—No puedo —contestó Melville sordamente.

—Está bien. Voy a ponerme a investigar. Si pretende hacer chantaje a la señorita Victor, le parecerá que se hunde el mundo.

York se puso en pie.

—Usted tiene una cinta original —añadió—. Le doy exactamente veinticuatro horas para enviarla. Pasado ese plazo, empezaré a actuar... y créame, no saldrá bien parado.

Cuando salió del despacho, Melville no había dicho todavía una sola palabra. No era precisamente satisfacción lo que sentía el abogado.

Al entrar en su coche, oyó la señal de llamada del radioteléfono. Era Maggie.

—El sargento Peabodd quiere hablar con usted, jefe.

—Gracias, Maggie.

York pidió comunicación con la Jefatura de Policía. Peabodd contestó rápidamente:

—Tengo dos noticias para ti. Primera: la bala que mató a Shaw salió del revólver del deportista.

—Me lo imaginaba. ¿Cuál es la segunda noticia, Garry?

—Los billetes de cien dólares. Hemos encontrado al «donante».

—Oh, buen trabajo. ¿Quién es?

—Bradford E. Sholton, un tipo con mucho dinero. Le enviaron unas fotografías comprometedoras y pagó.

—¿A Evans?

—Sí, pero Sholton asegura haber recibido el negativo que, lógicamente, destruyó en el acto. Por la descripción que nos ha dado del chantajista, no pudo ser otro que Evans.

—De todos modos, eso no nos soluciona el enigma, Garry.

Peabodd suspiró.

—La identidad del asesino es un misterio, en efecto —convino.

—Escucha un momento, Garry. Tienes que investigar si Evans tenía planeado un viaje de turismo.

—¿Cómo?

—Recuerda el Cuerno de Oro, hombre. Habló en sueños...

—Ah, es verdad. Pero no creo que eso nos ayude tampoco demasiado.

—Bueno, los rompecabezas se componen de infinidad de piezas. Ésa es una que puede que no sea importante... pero acaso lo sea, colocada en su sitio, ¿comprendes?

—De acuerdo, haré lo que pueda, Steve.

—Gracias, Garry, eres un buen amigo —se despidió York.

CAPÍTULO XI

El abogado consultó su reloj y luego miró sonriendo a Constance. Ella estaba sentada al otro lado de la mesa, donde almorzaban al otro día.

—El plazo está a punto de cumplirse —dijo.

—Hoot no enviará la cinta original —se lamentó Constance—. Además, ¿cómo podemos saber que no hace otra grabación?

—Esperemos. Melville sabe que puede verse en un serio compromiso, si no se comporta como esperamos. Lo único que siento es que usted haya sufrido una decepción tan grande.

Constance suspiró.

—Se me pasará —dijo—. De todos modos, yo estaba un poco deslumbrada. Creía realmente en el hombre joven, emprendedor...

—Y, además de guapo y simpático, buen pianista. Eso daba el toque romántico, ¿no?

—Si fuera una mujer, le diría que se pusiera en mi lugar. Compréndalo: Hoot se sentaba al piano y yo me sentía entonces en las nubes.

—A pesar de todo, nunca estuvo segura de sus sentimientos.

Constance hizo un gesto de aquiescencia.

—Soy un poco fría, lo admito —respondió—. Quise asegurarme de que Hoot podía ser el hombre de mi vida y por eso vine aquí, para vivir en la misma población, vernos a diario...

—Bajo el nombre de Constance V. Ackers.

—No quería que me relacionasen con mi padre. Por supuesto, él lo sabía, pero calló, porque yo se lo había pedido.

—Hasta que, al fin decidió venir a mi despacho.

—Sí. Mi padre insistía tanto... Yo pensé que podría enseñarle los informes... pero he visto que tenía razón...

—Olvídelo. Esto le servirá de experiencia para el futuro, Constance —dijo York.

De pronto, un hombre se acercó a la mesa.

—¿Abogado?

York alzó la cabeza y sonrió.

—Ah, señor Soames —exclamó, al reconocer al individuo—. ¿Quiere sentarse con nosotros?

Soames vaciló. York adivinó los motivos.

—La señorita Víctor es de mi entera confianza... —dijo—. Constance, le presento al señor Soames, jefe de personal de la WNKBC.

—¿Cómo está? —dijo la muchacha.

—Es un placer, señorita —saludó Soames. Trajo una silla y se sentó entre los dos—. Tengo algo interesante que comunicarle, abogado.

—Bien, le escuchamos.

—Es referente a Evans. Su visita me hizo meditar mucho. De pronto, se me ocurrió que había algo incongruente en la conducta de un individuo tan competente, que hizo trabajos muy notables, que ganaba un buen sueldo y que podía subir muy alto en la empresa. Evans lo sabía y no parecía lógico que se despidiera de una forma tan extraña.

—Parece ser, y no se ofenda, que se sentía un tanto disgustado con usted, señor Soames.

—¡Qué tontería! Al contrario, yo empezaba ya a apreciarle. Quizá lo dijo por ahí, para justificar su despido, pero le aseguro que no sólo no tuve queja de él en todo el tiempo que trabajó para nosotros, sino que le di claras muestras de sentirme muy complacido de tenerle con nosotros.

—Estupendo, señor Soames. ¿Hay algo más?

—Sí, y aquí viene lo curioso del caso. Como le dije, después de hablar con usted, empecé a pensar en Evans. Busqué las órdenes de trabajo y encontré una que no había cumplimentado. Por ratina, indagué... y el jefe de mantenimiento encontró algo asombroso. Aprovechando nuestras antenas, enlaces de microondas, repetidores y demás, Evans se había instalado su propio sistema de retransmisión, de una forma tan hábil, que no se puede creer si no se ve. Un sistema, en suma, de poca potencia, pero suficiente para sus fines, ignoro cuáles fueron, por supuesto.

York se enderezó en su silla.

—Siga, señor Soames —dijo con voz tensa.

—Nuestra antena principal, como todas, emite en todas direcciones. Pero la que Evans había instalado en la nuestra, emitía en una sola dirección. Lo hemos sabido después de revisar todos nuestros enlaces. —Soames sacó un pequeño plano y lo desplegó sobre la mesa—. Vean este croquis, por favor; lo he dibujado yo, de acuerdo con las informaciones recibidas. Aquí están señalados todos los puntos de enlace, reemisores, postes repetidores...

—Yo creía que se empleaba el cable para las retransmisiones de televisión —dijo el abogado.

—En la ciudad, sí, y en algunas zonas muy inmediatas. Pero la WNKBC cubre un área extensísima y entonces se necesitan enlaces de microondas, repetidores y reemisores. Los particulares de Evans siguen una determinada dirección, doscientos diez grados, es decir, más o menos hacia el Sudoeste...

El ingeniero calló inesperadamente. Un camarero puso un teléfono sobre la mesa.

—Dispense, señor York; es una llamada urgente del sargento Peabodd —manifestó.

—Excúsenme los dos —sonrió York. Levantó el aparato y dijo—: Soy Steve.

—Bien, menos mal que te encuentro. Maggie me ha dicho que podía encontrarte ahí, en el Stumpy Fox...

—Abrevia, Garry; estoy muy ocupado.

—No te enojés, muchacho; tengo una buena noticia para ti. Hemos detenido a un tal Tully Toots, alias *el Serpiente*. Es un ladrón muy hábil, capaz de entrar en la casa mejor defendida, sin ser detectado. Alguien denunció el robo de un valioso anillo y lo encontramos en casa de un conocido «perista». El tipo, acosado, confesó que se lo había vendido el Serpiente. Toots, para salir mejor librado, nos dijo que no había podido resistir la tentación de llevarse el anillo, pero que había ido a la casa donde lo robó a investigar la posible existencia de cámaras ocultas de televisión.

York contuvo el aliento.

—Sigue, Garry —pidió.

—Bueno, Toots lo soltó todo. No es la primera vez que hacía uno de esos trabajos. Creo que han sido cuatro o cinco, pero tenía perspectivas de hacer un montón, acaso docenas. Adivina a quién le

llevaba la información.

—¿Melville?

—No. McCawn.

—¿Has enviado gente a arrestarlo?

—Aún no. En realidad, es un asunto en el que hay que andarse con pies de plomo. No se trata de homicidios, Steve.

—Pero se han cometido a causa de esas cintas grabadas por las cámaras ocultas.

—Sí, aunque es preciso probarlo. Sin embargo, creo que tendremos que damos prisa, porque McCawn no tardará en enterarse de la detención del Serpiente.

—Garry, cuelga el teléfono, por favor. Llámame dentro de cinco minutos. Tú me has dado una buena información y yo creo que voy a poder corresponder con otra aún mejor. Repito, cinco minutos.

York dejó el teléfono sobre la horquilla. El camarero hizo ademán de acercarse, pero él lo contuvo.

—Me llamarán enseguida —dijo.

—Bien, señor.

York se volvió hacia el ingeniero.

—Señor Soames, estábamos hablando de la emisora particular de Evans, aunque a juzgar por los datos que ha mencionado, podría llamarse mejor una emisora parasitaria, ¿no es así?

—Un calificativo muy acertado, en el aspecto de que utilizaba nuestra energía, aunque no los programas.

—Bien, si no recuerdo mal, usted ha dicho que la emisora enviaba sus programas hacia el Sudoeste...

—Sí. Captaba diversas emisiones en la ciudad, las cuales eran recogidas por la antena central y enviadas luego hacia el Sudoeste.

—El índice de Soames señaló un punto del mapa que él mismo había trazado—. Hemos calculado que su centro de control estaba en las inmediaciones de Golden Horn Creek.

York se pegó una tremenda bofetada en la cara.

—¡Imbécil!

Constance saltó en su asiento. Soames se puso furioso.

—Señor York...

—Perdón, he querido decir que soy un absoluto imbécil. He tenido la solución delante de los ojos y no lo sabía ver. Una vez, Evans, en sueños, mencionó el Cuerno de Oro, Golden Horn, en

nuestro idioma, pero yo pensé que se trataba de ese paraje turco, sin acordarme de que, a menos de treinta millas, tenemos un arroyo: el Golden Horn Creek.

—Sí, aquí está señalado, en el mapa —convino Soames—. Tiene una forma curva, de donde le vino el nombre, hace unos ciento veinte años, cuando se produjo una bonanza de oro. Pero los placeres se lavaron muy pronto y en menos de dos años quedaron agotados, y el pequeño poblado que se había levantado en el fondo de la cañada, acabó por desaparecer.

—Señor Soames, como técnico en la materia, ¿se siente dispuesto a acompañarme al Cuerno de Oro?

—Desde luego, abogado.

—Steve, también a mí me gustaría ir con usted —dijo la muchacha.

—No hay inconveniente —accedió York.

El teléfono sonó en aquel momento. York lo acercó a la oreja.

—Garry —dijo—, ya tengo la solución. Me voy al Cuerno de Oro.

—¡Atiza! —exclamó el sargento—. Pero ¿qué diablos vas a hacer en Turquía?

York se echó a reír.

—Me refería al Golden Horn Creek que es donde, presumo, se encuentra la solución de todos nuestros quebraderos de cabeza —contestó.

CAPÍTULO XII

El coche dio la vuelta a la cabaña, situada en lo alto de una colina y lo suficientemente discreta como para no llamar la atención de nadie. A uno cien metros más abajo, en una angosta cañada, corría el mismo arroyo cuyas arenas auríferas habían hecho la fortuna de unos cuantos, ciento veinte años antes.

La cabaña era vieja, aunque aparecía bien cuidada. Resultaba obvio que Evans la había elegido por su aislamiento en aquella comarca. Soames miró hacia el techo apenas hubo saltado del coche.

—Es raro, no se ve ninguna antena —murmuró.

York, más práctico, dio la vuelta a la casa y probó la puerta. Estaba cerrada con llave, pero la abrió de un tremendo puntapié.

Todas las ventanas tenían los postigos interiores cerrados. Constance los fue abriendo sucesivamente. Soames, en el centro de la sala principal, se había quedado extático.

—Es inconcebible —dijo—. Evans había montado aquí su propia emisora.

—Ingeniero, ¿no se puede calificar mejor de centro receptor de programas, exclusivamente? —sugirió York.

Soames se acercó al enorme panel de control, con pupitre de mando. Después de examinarlo unos momentos, tocó unos botones. Un motor empezó a funcionar en alguna parte.

—Dispone de generador independiente —dijo.

Había un panel especial, con cuarenta y ocho indicadores. Soames manejó todos los controles durante unos minutos. De pronto, se encendió la gran pantalla situada en el centro.

La pantalla aparecía en blanco. Soames presionó uno de los indicadores. No ocurrió nada. Al cuarto intento, apareció una pareja, hombre y mujer. Estaban estrechamente abrazados. Él hombre hizo bajar los tirantes del sujetador de la mujer. Constance

chilló.

—¡Apague eso!

York se echó a reír. Soames desconectó el sistema.

—Creo que ya tenemos solucionado el enigma —dijo York—. Con razón se consideraba Evans un millonario en potencia. Tardó, quizá, años enteros, pero con paciencia y astucia, y gastándose todo el dinero que obtenía en diversos empleos, en los que, además, conseguía también informes, fue instalando diversas cámaras en infinidad de casas particulares. Desde aquí, manejaba esas cámaras por control remoto y así obtenía las grabaciones, con las que más tarde pensaba extorsionar a sus víctimas, sorprendidas, como hemos visto, en la más completa intimidad.

—Oiga, esto parece una novela de ciencia ficción —exclamó el ingeniero, admirado.

—Usted también podría hacerlo, si pensara de la misma forma que Evans.

—Sí, claro: realmente, lo difícil es entrar en las casas...

—Evans debió de emplear los disfraces más inverosímiles, aparte de que consumió mucho tiempo en estudiar las costumbres de sus víctimas. Entraba en sus casas cuando estaban ausentes, instalaba la cámara, con el mecanismo de control remoto, montaba también una antena, invisible para el que no estuviese al tanto de lo que sucedía, y se marchaba tranquilamente. Ni siquiera robaba una baratija, a fin de que no pudieran sospechar de él. Pero cuando ya tenía todo listo y a punto de recoger la cosecha, alguien le pegó un tiro.

Soames volvió a acercarse al pupitre de mando. Después de examinarlo, presionó una tecla. Algo zumbó en otro lugar de la cabaña.

—Una antena telescópica —adivinó el ingeniero—. Voy a ver...

Soames salió fuera. York y la muchacha quedaron solos unos instantes.

—Steve, ¿cree que Melville tiene algo que ver con este asunto? —preguntó Constance.

—Pues...

York no pudo seguir. Alguien le interrumpió desde la puerta.

—Eso es lo que le habría gustado a Melville: meter la mano en este pastel tan apetitoso —dijo McCawn...

El abogado y Constance se volvieron en el acto. Parado, en el

umbral, McCawn sonreía satisfecho. En su manó derecha, brillaba el metal de un revólver.

—También yo buscaba este centro receptor de «programas especiales» —añadió el recién llegado—. Me costó, pero lo he encontrado.

—¿Cómo lo ha sabido? —inquirió York.

—Se me ocurrió hablar con una tal Cindy Jenkins. Pagué bien sus informes.

—Con una bala calibre treinta y ocho.

—Cindy está viva, para seguir zorreando por las calles. Ella no tiene la menor idea de lo que pasa.

—Oiga, usted ha enviado ya algunas cintas grabadas...

—Sí, las tenía Evans en su casa. Pude apoderarme de ellas antes de que llegase la policía.

—Una vez, Evans utilizó una cámara fotográfica. Supongo que pensó no debía resultar cómodo ir a buscar el *filmpack* impresionado y por eso empleó en lo sucesivo cámaras de televisión.

—Es posible. En tal caso, eso no tiene demasiada importancia. Ciertamente, Evans había empezado ya a exprimir a sus víctimas, pero yo no le di tiempo.

—Ah, admite haberlo matado.

—No lo hice yo personalmente. Le diré la verdad, abogado. Tengo buenos informadores y acabé por enterarme de lo que hacía Evans. Le propuse una sociedad, con los beneficios al cincuenta por ciento. Él se rió en mis narices y dijo que quería todas las ganancias. Nunca he permitido que nadie se burlase de mí.

—Pero no sabía dónde tenía su centro de control.

—Tarde o temprano, acabaría por encontrarlo, como así ha sucedido —respondió McCawn sin dejar de sonreír.

—¿Hizo matar también a Thenda?

—Sí. Era un zorro y se había olido algo. Me llamó un día por teléfono insinuando que podía perjudicarme. El perjudicado, naturalmente, fue él.

—¿Qué nos cuenta de Granger?

—Cometió un error. No me gustan los hombres que se equivocan.

—Y que, además, pueden comprometerle, ¿no es así?

—Usted ha tenido ocasión de comprobarlo, abogado.

—¿Qué me dice de Jellyson?

—Sospechaba algo. No me interesaba la competencia.

—¿Y Shaw?

—Él fue quien me informó de las intenciones de su jefe. Pero también cometió un error.

—¿Puedo saber cuál fue el error?

—Falta de modestia.

York arqueó las cejas. McCawn lanzó una risita.

—Quiso ser mi igual, lo mismo que Evans —añadió significativamente.

—Oh, claro, claro; así, el campo queda completamente libre. Sin competidores, sin rivales... La suerte de Tully Toots es que está arrestado; de lo contrario, también habría ido a parar al cementerio, ¿no es así?

Por primera vez, McCawn pareció perder la serenidad.

—¿Qué pasa con Toots? —gritó.

—Lo han detenido. Él no era tan honrado como Evans y se llevó una valiosa sortija, de una de las casas a las que usted le envió a comprobar si había instalación de cámaras ocultas.

—Ese cerdo... Es bueno en su oficio, pero tiene los mismos sentimientos que una urraca...

—Usted, sin duda, sospechaba, más o menos, los lugares donde podía haber cámaras ocultas y quería comprobarlo.

—Sí. También podía encontrar cámaras fotográficas, pero Evans sólo instaló una.

York miró el revólver. Si pudiera distraer a McCawn, pensó.

—Pero usted me dijo que también le extorsionaban. Me enseñó una cinta grabada —dijo.

—Sabía que andaba tras el asunto, y quise traerle a mi bando. La cinta no estaba grabada. Cuando vi que no aceptaba mi proposición, supe que era mi adversario. Sin embargo, le dejé ir; me convenía que siguiera con sus pesquisas.

—Claro, claro. Y de este modo, apostaría que fue también el que envió la cinta grabada en el apartamento de la señorita Víctor.

McCawn sonrió de un modo especial.

—Tiene un tipo hermosísimo —elogió—. Aunque pude comprobar que es intachablemente honesta.

—¿Encontró esa cinta en casa de Evans?

—Claro. La guardé como un cartucho de reserva.

—Y se hizo pasar por Melville —exclamó la muchacha—. ¿Por qué, señor McCawn?

Hubo un instante de silencio. Constance adivinó algo horrible en la mirada del sujeto.

Un escalofrío recorrió su espalda. York se puso rígido.

—Me convenía —dijo McCawn al cabo.

—Sí, me imagino que le convenía hacerse pasar por Melville —convino York—. Y aún me imagino más cosas.

—No tendrá tiempo de emplear su imaginación mucho tiempo —declaró McCawn—. Ya he encontrado todo lo que quería.

Constance se apretujó instintivamente contra el abogado.

—Va a matarnos —gimió.

—Sí, y Melville cargará con las culpas —dijo McCawn sonriendo perversamente—. Nadie sabe que estoy aquí...

La voz del sujeto se apagó súbitamente. Horrorizada, Constance vio aparecer en su sien derecha un agujero del que se desprendieron unas chispas rojas. En la sien opuesta se produjo un repugnante estallido de sangre y huesos.

McCawn cayó fulminado. Melville apareció en la puerta empuñando un revólver provisto de silenciador. Vestía camisa a cuadros, cazadora clara, y gorra deportiva.

—El asesino deportista o, considerando sus aficiones musicales, podremos decir también que es el hombre que ha dado un concierto en calibre treinta y ocho —dijo York.

—Lo siento, Constance —dijo Melville con voz átona.

—Hoot, ¿cómo pudiste...? —sollozó la muchacha.

—Tuve mala suerte. Yo te amaba sinceramente, quería que lo nuestro acabase bien... mi negocio, a veces, no había sido demasiado limpio, pero ya no quería meterme en asuntos ilegales, sobre todo, después de conocerte. Él me obligó —declaró Melville, señalando al hombre caído en el suelo.

York pasó una mano por los hombros de Constance.

—¿Cómo le obligó, Hoot? —inquirió.

—Tenía una serie de fotografías mías, con una mujer... muy indecorosas... Solía hacerlo con algunos de los que trabajaban para él; así los tenía bien sujetos... Él supo muy pronto nuestras

relaciones... ¿Quién cree que me obligó a robar el cargamento de cobre? Me obligó también a pedirle los préstamos... Para él, Constance era una presa que no podía soltar y a la que exprimiría a través de un tercero: yo. Me amenazó con enviarle las fotografías...

—Pero cometió varios asesinatos... Se puede aceptar un robo, una estafa... Los crímenes cometidos, sin embargo, no tienen justificación...

—McCawn me daba informes sobre las víctimas y me señalaba la hora y el lugar. Cedí la primera vez, con Evans; parecía un hampón sin importancia...

—Y luego siguió cediendo y apretando el gatillo.

Constance recordó la noche en que cenaba con Melville. Él la había dejado, pretextando una reunión de negocios. Aquella misma noche había muerto Jellyson. La ausencia de su prometido se debía a la sentencia que debía ejecutar.

—Es tarde ya para reproches —dijo Melville con voz sorda.

York comprendió que se hallaba ante un hombre que había sido muy débil en ciertos aspectos. Si Melville se hubiera sincerado con la muchacha, ella, sin duda, le habría perdonado...

Pero eligió el camino que creía más fácil. Y había sido la ruta que conducía al desastre.

—Hoot —preguntó—, ¿va a matarnos también a nosotros?

De repente, se oyó a lo lejos el alarido de una sirena policial. Melville dio un salto hacia atrás.

—¡Adiós, Constance! —gritó.

York soltó a la muchacha y corrió hacia la puerta. Melville se acercaba a su automóvil, que había dejado a cierta distancia de la cabaña. Pero el coche policial le bloqueaba el paso.

Retrocedió. El coche de la policía se detuvo. Peabodd y un par de agentes uniformados saltaron del vehículo, pistola en mano.

—¡Alto! —gritó el sargento.

Melville se volvió y apretó el gatillo. York apreció que tiraba alto. En una fracción de segundos comprendió sus intenciones. Volvió la vista, cuando Melville, alcanzado por un par de disparos, rodaba por tierra.

Soames apareció en aquel momento.

—He pasado un miedo horrible —confesó—. Lo he oído todo, pero no tenía nada a mano para ayudarles... Además, yo no estoy

acostumbrado a estos jaleos...

—Nosotros tampoco, ingeniero —contestó York. Peabodd se acercaba a la cabaña.

—¿Estáis bien, Steve?

—Sí.

Peabodd lanzó una mirada al cadáver de McCawn.

—Melville, supongo.

—Claro.

York sacó a la muchacha al exterior y la llevó donde no pudiera ver los cadáveres.

—Garry, luego iré a tu oficina. El señor Soames también tiene algo que declarar —manifestó.

—De acuerdo. Ah, gracias, Steve.

York miró a la joven.

—Volvamos, Constance —sonrió.

—Sí —suspiró ella—. Vámonos, Steve.

Maggie entró en la oficina y arrojó un sobre encima de la mesa.

—¿Qué es? —preguntó York.

—La gratitud de Blunt, me imagino. Meeker ya le pagó, claro. Ande, abra esa carta; siento una enorme curiosidad por saber qué grado alcanza el termómetro del agradecimiento de Blunt.

York rasgó el sobre.

—Sigue escuchando seriales de radio, ¿eh? Y, además, en horas de oficina, Maggie.

—A veces, me aburro, jefe —contestó la secretaria con su desenvoltura habitual.

York le entregó un cheque.

—Llévelo al Banco, Maggie.

Ella silbó.

—Cinco mil «pavos» —exclamó—. ¿Habrás una gratificación extra para mí? Ahora, se ha hecho famoso y recibe muchas cartas de admiradoras, aparte de que le llueven pleitos...

—Maggie, aparte quinientos dólares de esa cifra... —sonrió York.

—Me gustan los jefes rumbosos, desprendidos, generosos... Le quiero casi tanto como a mi marido...

—Maggie, si intenta besarme, pediré socorro.

—No se preocupe, no correrá ese peligro. Y, a propósito, ¿sabe

que la princesita ha vuelto a Phoenix, con papá y mamá?

—Sí, lo sé.

—¿Por qué no la ha seguido?

—¿Y por qué debería seguirla?

—Hombre, sería la esposa adecuada...

—Maggie, deje en paz mis asuntos sentimentales.

—Usted la echa de menos, jefe.

—Maggie, a quien voy a echar, pero de este despacho, es a usted, si no se marcha inmediatamente.

—Se le nota en la mirada. Cada vez que menciono a Constance, pone ojos de carnero degollado. Hombre de Dios, Vaya a Phoenix...

—¡Maggie! —bramó York.

El teléfono sonó en aquel momento. Sentada en un ángulo de la mesa, con su desparpajo habitual, Maggie levantó el aparato, escuchó un instante y luego se lo pasó al joven.

—Para usted, jefe. Es la princesita.

York se apoderó del teléfono. Maggie levantó el supletorio, con todo descaro.

—Steve —llamó Constance.

—Sí, dime.

—¿Cuándo vienes a verme? Papá quiere conocerte...

York se puso en pie, alargó la mano y arrebató el supletorio a su secretaria. Luego chasqueó los dedos, señalándole la puerta del despacho. Maggie, con aire de reina ofendida, la barbilla levantada, salió pisando fuerte.

—Steve, ¿me oyes? —gritó Constance.

—Sí, te oigo perfectamente.

—He dicho antes que papá quiere conocerte. ¿Cuándo vienes a Phoenix?

—Pues...

—Que sea pronto, Steve. Mamá también, ¿comprendes?

—Constance, iré el próximo fin de semana. ¿Te parece bien?

—Magnífico, Steve. Oye, tengo muchas ganas de verte.

—Yo también —contestó el abogado.

Cuando colgó el teléfono, se dio cuenta de que tenía el interfono conectado. Antes de que pudiera decir nada. Maggie asomó y, alargando el brazo, puso el pulgar hacia abajo.

York se echó a reír. La secretaria le guiñó un ojo.

—Felicidades, jefe —le deseó.

FIN

BRIGITTE «BABY» MONTFORT

la mundialmente famosa agente conocida como la espía «Baby», surgida de la fecunda pluma de

LOU CARRIGAN

el afamado escritor que tantos éxitos lleva cosechados en el transcurso de su carrera literaria es presentada, ahora, por

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

a los numerosos lectores que la honran con su adhesión, a través de su colección:

ARCHIVO SECRETO

APARICION SEMANAL

RESERVE SU EJEMPLAR. PRECIO 25 PTAS.

¡LORENA!

¡LA OBRA MÁS IMPORTANTE DE CORÍN TELLADO!

¡UNA MUCHACHA PARA LA QUE NO PUEDE EXISTIR LA PAZ! UN TERRIBLE PASADO LA EMPUJA HACIA EL FANGO. ¿RESISTIRÁ LA POBRE LORENA TODAS LAS ASECHANZAS?

SIGA SUS DESVENTURAS; SUS AMORÍOS; SUS PROBLEMAS, EN LA SERIE SEMANAL QUE PUBLICA, CON FOTOGRAFÍAS, EDITORIAL BRUGUERA



ESCUCHE LA VERSIÓN RADIOFÓNICA DEL SERIAL "LORENA", POR TODAS LAS EMISORIAS DE LA REM-CAR Y CES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.

